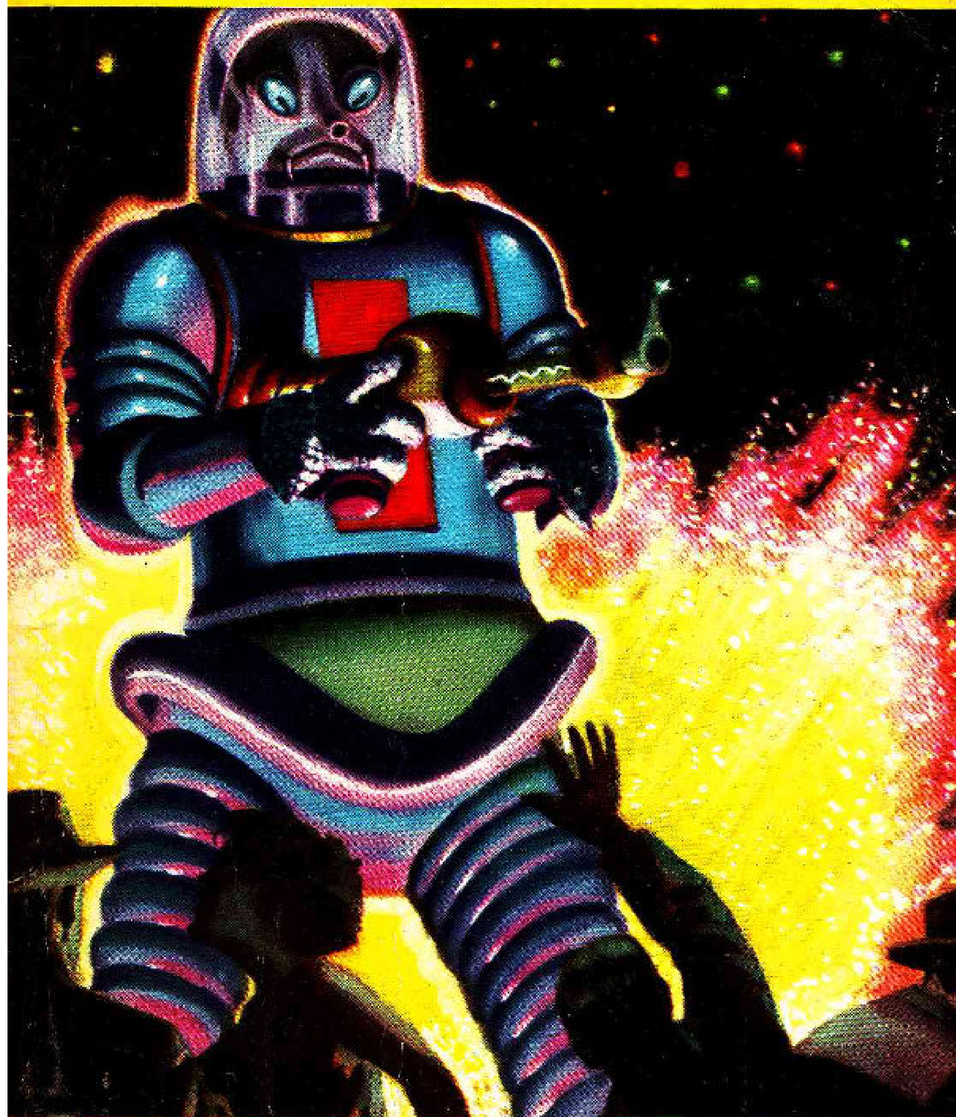
LUCHADORES DEL ESPACIO

LA ABOMINABLE BESTIA GRIS



POR GEORGE H. WHITE

Los esfuerzos de los planetas para asegurar la paz han resultado vanos. Desde el rojo planeta Marte, oleadas de “platillos volantes” se lanzan al asalto de la Tierra. Es el temido ataque de la abominable bestia gris.

El mundo, estremecido de terror, se enfrenta a un enemigo poderoso, cruel e implacable. Es la guerra total.

George H. White nos describe en un escalofriante relato los últimos días de la Tierra, la lucha desesperada del género humano debatiéndose en los horrores de una guerra sin cuartel y la angustia de su irremisible derrota.

La abominable bestia gris impone a la Tierra su dominio. ¡Es el fin del Mundo! La destrucción de todo lo creado por el hombre, la muerte y, como última alternativa, ¡la esclavitud!



George H. White

La abominable bestia gris

La saga de los Aznar - 6

ePub r1.2

Titivillus 10.10.16

Título original: *La abominable bestia gris*
George H. White, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



LA ABOMINABLE BESTIA GRIS

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO

PERSONAJES

Miguel Ángel Aznar de Soto.— Joven español, almirante de la Policía Sideral y propietario del autoplaneta *Rayo*.

Lola Contreras.— Joven bellísima corresponsal de guerra.

Richard Balmer.— Amigo íntimo y colaborador de Miguel Ángel.

Profesor Louis Frederick Stefansson.— Anciano y distraído sabio.

George Paiton.— Otro de los amigos y lugarteniente de Miguel Ángel Aznar, piloto del *Rayo*.

Thomas Dyer.— Otro de los camaradas de Miguel Ángel.

General Ortiz.— Representante de la Federación Ibérica en la Policía Sideral.

General Limoges.— Representante de los Estados Unidos de Europa.

General Power.— Representante de los Estados Unidos de América.

General Yenangyat.— Representante del Imperio Asiático.

General Kisemene.— Representante de la Unión Africana.

General Kadde.— Representante de las Naciones Venusianas (Venus).



CAPÍTULO PRIMERO

MARTE, PORTADOR DE LA GUERRA

CON los codos sobre la mesilla de vidrio y la mandíbula apoyada en los puños, QW-d-224, comandante del patrullero sideral CS-99, permanecía en completa inmovilidad, absorto ante el tablero de ajedrez extendido ante él.

—Te queda una sola jugada —aseguró una voz clara y un tanto metálica, brotando del tornavoz del aparato de televisión.

QW-d-224 soltó un gruñido y movió el rey sobre el tablero. Levantó los ojos y miró a la pantalla del televisor situado enfrente. En ésta se veía un segundo tablero de ajedrez, en cuyos escaques, idénticas piezas ocupaban los mismos lugares que en el tablero de QW-d-224. Una mano larga y blanca entró en el campo visual del

televisor, tomó el rey y lo movió, repitiendo el movimiento que acababa de hacer el acorralado comandante del patrullero sideral.

—Estás aquí, ¿no? —preguntó la voz metálica del televisor con acento triunfal—. Muy bien. Ahora me como la torre y… ¡jaque al rey! Jaque mate, por cierto.

QW-d-224 movió las piezas de su propio ajedrez según veía moverse las del tablero televisado, examinó la situación con gesto contrariado y murmuró:

—Sí. Jaque mate… no cabe duda.

Una risa burlona brotó del tornavoz del aparato. De la pantalla desapareció el ajedrez, apareciendo en su lugar el rostro juvenil y sonriente de una linda muchacha que no aparentaba más de 25 años.

—¡Vamos, QW-d-224! —rió la juvenil imagen a todo color, con pupilas chispeantes de malicia—. ¡Déjame ver tu torva faz!

—¡Eres una estúpida JJ-b-47! —refunfuñó el hombre, tomando las piezas y metiéndolas a puñetazos en una cajita de transparente material plástico—. No es muy deportivo que digamos burlarse del vencido, máxime cuando te he derrotado mil veces sin mortificarte ni una sola. Pero esto cambiará. La próxima vez que te gane van a oírse mis carcajadas hasta en Neptuno.

—Te molesta tu derrota, ¿eh? —rió la joven.

—Me molesta tu estupidez. Al fin y al cabo tienes más de cien años de edad y eres una veterana en el ajedrez. Te sobran motivos para vencerme… pero el caso es que eso no ocurre con frecuencia. ¡Y si por una pifia me ganas, te ríes encima… vejestorio del demonio!

La juvenil y sonriente faz hizo una mueca de enojo.

—Tampoco es muy elegante echar en cara a una dama su edad —insinuó desdeñosa—. Yo no tengo la culpa de haber nacido cincuenta años antes que tú, y servirse de la edad de una para mortificarla es… es…

—¡Vete a paseo, guapa! —rugió QW-d-224 dando vuelta a un interruptor y haciendo desaparecer de la pantalla la imagen de la linda abuela.

QW-d-224, el hombre del siglo XXV, se puso en pie para cruzar la no muy grande cabina y detenerse con las manos cruzadas a la espalda ante una gran ventana de forma oval. La ventana estaba

protegida por un doble cristal de coloración azul contra las radiaciones ultravioleta de la luz solar, mortales allí, donde no existía atmósfera que atenuara sus efectos. A través de estos cristales, el hombre del siglo XXV pudo ver la Luna a doble tamaño del que la verían los observadores situados sobre la superficie del planeta Tierra.

¡La Luna! El fiel satélite de la Tierra que había visto nacer y desarrollarse a la Humanidad, siendo testigo de sus triunfos y catástrofes, seguía al cabo de millones de siglos, difundiendo su pálida luz sobre las noches terrestres. La Luna había jugado un papel muy importante en la vida de los hombres. El impresionante cambio de fases del satélite sirvió a la primitiva Humanidad para formar su primer calendario, cuando en el cielo ni en la tierra se conocían otras señales para medir el tiempo. Los egipcios, los peruanos y muchos otros pueblos antiguos tributaron a la Luna un culto sagrado. Como dijo Camilo Flammarión[1]: "El claro de luna ha sido la primera vez astronómica. La ciencia ha comenzado en esta aurora, y siglo tras siglo, ha conquistado estrellas, el universo entero. Esta dulce y tranquila claridad nos redime de las penas terrestres y nos fuerza a pensar en el cielo. Después, el estudio de otros mundos se desenvuelve, las observaciones se extienden y la Astronomía queda fundada. Esto no es aún el cielo y tampoco es ya la tierra. El astro silencioso de la noche es la primera etapa de un viaje hacia el infinito".

Sí. La profecía del ilustre astrónomo habíase realizado. La Luna, que sirvió a los hombres para computar las primeras horas de una humanidad balbuceante y dio origen a la Astronomía, fue con el transcurso del tiempo la primera etapa hacia el infinito. Hoy, la Luna que contemplaba QW-d-224, el hombre del siglo XXV, se utilizaba como base de llegada y salida por los grandes y fantásticos navíos intersiderales, capaces de volar a través del espacio hasta los más remotos planetas del sistema solar. La Luna, una vez más, había prestado al hombre su cara pálida para que, utilizándola como trampolín, se lanzara a la conquista del universo.

Pero incluso la misma Luna había cambiado. Este satélite que hoy aparecía ante los ojos absortos del hombre del siglo XXV era muy distinto al que los astrónomos del siglo XX veían a través de las lentes de sus telescopios. El hombre había puesto su planta audaz

sobre la superficie de la paciente Luna y, como ocurría en todos los lugares adonde llegaba la criatura más perfecta de la creación, habíala transfigurado para su provecho, convirtiéndola, de mundo desierto e inhóspito, en mundo habitado y amable.

Hoy, la Luna era una colonia avanzada de la Tierra, punto de partida hacia la colonización de otros mundos y campo de experimentos, ya que en ninguna parte tropezó el hombre con tal cúmulo de dificultades como para hacer del aterido satélite un planeta apto para la vida.

El hombre, en su tenaz labor de siglos, convirtió en verdes praderas los desiertos de África, Asia y Oceanía; secó algunos mares, como el Mediterráneo y mar Negro, y siempre acuciado por la apremiante necesidad de poner nuevas tierras bajo las plantas de la creciente población del mundo, se lanzó a la conquista de los grandes continentes que yacían sepultados por los hielos del Polo Sur.

En la lucha de su ingenio contra el hielo, el hombre se apuntó otra victoria; pero el alivio que estas nuevas tierras aportaron a la preocupada humanidad fue efímero. Gracias a sus portentosos adelantos en todos los ramos de la ciencia, el hombre había triplicado su período de vida, manteniéndose en una constante juventud. Seis generaciones sucesivas habitaban el planeta Tierra, creciendo velozmente en número. Los ojos de los angustiados terrestres se volvieron hacia su fiel satélite: la Luna. ¿Por qué no colonizarla? La Humanidad estaba en camino de realizar los deseos de Dios, haciéndose tan numerosa como la arena del mar, desbordando las fronteras de su mundo de origen y lanzándose a la conquista de nuevos mundos, portando su cultura y la doctrina de Cristo.

La Luna habíase explorado ya palmo a palmo cuando los hombres decidieron transformarla por completo. Desde los principios de la navegación interplanetaria era utilizada como base de aprovisionamiento de combustible para los cruceros del espacio y como puesto de vigilancia avanzado. También se extraían de sus entrañas algunos metales preciosos de los que comenzaban a escasear en el mundo. Pero el puñado de hombres que atendía a las instalaciones aeronáuticas y militares, al observatorio astronómico y a las minas, vivía allí encerrado en una pequeña ciudad subterránea

recubierta por una gigantesca campana de cristal. Sólo los penados o los heroicos hombres de ciencia eran enviados allí, porque las condiciones de vida en la Luna eran espantosas.

Como la superficie total de la Luna no era mayor que América del Norte y América del Sur reunidas, la altura de los montes y desiertos de aquel mundo eran más imponentes que en la Tierra. Las sombras que proyectaban estos montes sobre el suelo eran negras como la pez, de un negro tan profundo como no se conocía en la Tierra, donde los rayos del Sol tenían que atravesar una densa atmósfera que los rompía y dispersaba, haciendo menos oscuras las sombras.

Pero en la Luna no existía atmósfera alguna. El cielo de este extraño mundo era eternamente negro y en él resplandecían, en una pureza sin nubes, el Sol, la Tierra y las estrellas, semejantes a botones de metal dorado sobre un fondo de terciopelo. La carencia de aire hacía de este mundo una presa inerme del frío y del calor. Durante el día lunar, que duraba 14,5 días terrestres, los ardientes rayos del Sol caían sin tregua sobre aquel mundo de llanuras y cráteres. La radiación solar, muy rica en rayos ultravioleta, mortales para los seres vivientes como los que poblaban la Tierra, llegaba íntegra al suelo de la Luna, calentándolo hasta la temperatura de 190 grados centígrados; un calor tórrido que ponía incandescentes las arenas de los desiertos y había evaporado hacía mucho tiempo la última gota de agua.

Cuando la tarde se aproximaba, la temperatura descendía rápidamente. Al desaparecer el sol tras los fantásticos picachos de hasta 8.800 metros de altura, recortados sobre el horizonte negro, la noche, que duraba 14,5 días terrestres, caía sobre la Luna, y con ella el horroroso frío del espacio cósmico. Al ardor del día sucedía un frío de más de 100 grados bajo cero. Allí no se movía un soplo de aire. Faltaba el agua. Ningún sonido podía producirse en aquel mundo privado de atmósfera, ni se podía encender un rescoldo de fuego por falta de oxígeno. En este mundo de calor extremado y espantoso frío, de inmovilidad y silencio eterno, el hombre sentíase horriblemente extraño.

No era empresa de niños convertir aquel mundo muerto en un planeta capaz de engendrar y mantener la vida, pero los terrestres afrontaron los múltiples problemas con audacia. En primer lugar,

hacía falta una atmósfera semejante a la que envolvía a la Tierra, y los hombres se lanzaron a crearla artificialmente con todos los poderosos medios de que disponían. Enjambres de aeronaves trajeron desde la Tierra el utillaje necesario para crear una extensa red de fábricas atomizadoras sobre la aterida costra del satélite. El transporte y el montaje de estas centrales exigió prodigiosas hazañas de tenacidad, tiempo y organización; pero cuando, finalmente, las máquinas creadas por el ingenio terrestre comenzaron a lanzar al espacio átomos de oxígeno, de nitrógeno de anhídrido carbónico y los demás gases que entraban en la composición de la atmósfera terrestre, el gran milagro se realizó. Cuando la Luna estuvo envuelta por esta mezcla de gases, el hombre pudo despojarse de su escafandra y su traje especial y respirar a pleno pulmón el aire que acababa de fabricar, pudo oír los ruidos de aquel mundo resucitado y contemplar sobre él un cielo azul.

La primera etapa estaba alcanzada. Luego, el hombre dotó a la Luna de otro elemento indispensable para engendrar vida. Combinando cada dos átomos de hidrógeno con uno de oxígeno, hizo una molécula de agua. ¿Cuánta energía se utilizó para fabricar toda el agua que le era indispensable a este sediento mundo? La cuenta de gastos de la Luna era fabulosa. El hombre había pagado un alto precio para hacer de un satélite muerto un mundo lleno de vida, y todavía estaba pagándolo.

La Luna, no obstante, comenzaba a corresponder al titánico esfuerzo de la humanidad. En el fondo de muchos cráteres, previamente impermeabilizados, yacían muchos millones de metros cúbicos de agua. La que no se evaporaba se utilizaba para crear en derredor de estos lagos verdes manchas de césped. Tiernos arbolillos, cuyas semillas procedían de la Tierra, empezaron a crecer rápidamente gracias al agua y a los auxilios de una ciencia superadelantada. En el cielo azul de la Luna flotaban ya nubes blancas moviéndose a impulsos del viento. Colosales y modernísimas ciudades clavaban sus cimientos en el subsuelo lunar. La vida, en fin, se agitaba sobre este mundo resucitado, que cedía los preciosos metales encerrados en sus entrañas a las industrias terrestres.

Todavía no había llovido sobre los desiertos de la Luna. Pero

esto no preocupaba en absoluto a los selenitas, ya que la alimentación del hombre del siglo XXV no estaba encadenada a los productos nacidos de la Tierra y expuestos a los caprichos atmosféricos, como en el remoto siglo XX.

La ciencia había penetrado tiempo atrás los misterios más profundos de la naturaleza, tales como el proceso llamado fotosíntesis, en virtud del cual las plantas verdes extraían energía de la luz solar, de las sustancias minerales y de la humedad de la tierra y del carbono de la atmósfera, fabricando azúcares, féculas, celulosas y otros compuestos de carbono que al ser digeridos por el hombre y los animales transferían la energía solar que contenían a las células vivas de éstos. En la actualidad, los alimentos eran producidos sintéticamente en cantidades fabulosas.

El hombre emergía, como señor de su planeta, y se lanzaba a la conquista del Universo todo. Había domado fuerzas naturales que sus aterrorizados antepasados adoraban como divinas, había obligado a la fuerza de cohesión de la materia a mover las ruedas de sus máquinas, transformando áridos desiertos en jardines, yermos polares en praderas y cambiando de forma los continentes. Había impreso sobre la faz de su mundo el sello de su voluntad y disponíase a invadir con su ciencia y su cultura los mundos más lejanos. Nunca estuvo más cerca de alcanzar el paraíso terrenal… ni tan cerca de ver aniquilada su civilización y su propia vida.

Hoy, cuando todos los pueblos nacidos en el planeta Tierra aunaban sus esfuerzos para establecer firmemente la paz y la prosperidad universal, surgía en el horizonte la amenaza de un viejo y feroz enemigo. En las profundidades del espacio, rojo y siniestro, brillaba el planeta Marte, al que ya los primeros pobladores de la Tierra atribuyeron un espíritu bélico dándole el mismo nombre que al dios pagano de la guerra.

En este rojo planeta habitaba actualmente la criatura más belicosa, cruel y desconcertante de cuantas se conocían en el orbe entero. La bestia gris —como solía llamársele en la Tierra y Venus— no era aborigen de Marte. Procedía de un remoto y desconocido sistema planetario, al parecer destruido por los mismos hombres grises en una de sus apocalípticas guerras, y eran portadores de una ciencia avanzada en cinco o seis siglos a la que la Humanidad había de alcanzar con el tiempo.

Los hombres grises (thorbod, según ellos mismos) penetraron con sus fantásticas aeronaves en el sistema planetario solar del que formaba parte la Tierra y se establecieron en Venus, sometiendo a los hombres de raza azul. Los terrestres supieron por primera vez de los thorbod con la aparición de unos misteriosos platillos volantes en el cielo de la Tierra.

Expulsados de Venus por la rebelión de los hombres azules los thorbod fueron a refugiarse en Marte. Desde entonces, los hombres grises ocupaban Marte, dedicados activamente a su propia reproducción y a acumular artefactos bélicos con la intención de arrollar a la Humanidad y erigirse en señores del Universo.

La bestia gris debía su nombre a la coloración cenicienta de su repulsiva piel. Su estatura media era de 2,20 metros. Eran macizos y robustos y contaban, como los hombres de la Tierra y de Venus, con dos piernas y dos brazos, con la sola diferencia de que pies y manos tenían solamente cuatro dedos y sus huesos eran totalmente distintos. Tenían una cabeza voluminosa, desproporcionada con el tamaño del tronco, desprovista de pelos y horriblemente fea. Su cráneo tomaba la forma de un huevo y proyectaba una frente muy ancha y abombada sobre un par de ojos de gran tamaño, redondos, de variado color y de pupila hendida como la de los gatos. Bastante más abajo de los ojos presentaban una trompetilla extensible y, casi pegada a ésta, una boca repugnante, carnosa y casi sin maxilar inferior. Sus orejas eran largas y puntiagudas, levantándose ligeramente sobre su cráneo pelado, duro y reluciente.

Orgánicamente, la bestia gris parecía un extraño capricho de la Naturaleza. Los hombres grises no poseían sangre roja ni caliente, ni corazón, ni pulmones, ni cualquier otro órgano siquiera parecido al de los hombres humanos, a excepción quizás de un estómago muy simplificado. Respiraban a través de la piel. La sangre circulaba espontáneamente por sus venas y tejidos, sin corazón que la impulsara, en un proceso muy parecido al de las plantas.

Si como ser vivo el hombre gris era una rareza en el sistema planetario solar, como sujeto racional resultaba un intelecto total y absolutamente incomprensible para los terrestres. A su vez, la bestia gris era impotente para descifrar la serie de instintos, sentimientos e impulsos que guiaban a los humanos hacia su destino universal. Aunque cada pueblo entendiera y hablara la lengua del otro, sus

idiomas respectivos eran incapaces de describir la forma del alma de cada uno. La bestia jamás comprendería el significado de los términos amor, aflicción, piedad, amistad, gratitud ni esperanza. No podía comprenderlo porque era incapaz de sentirlo, y por este fundamental motivo la bestia y el hombre podían entenderse al hablar de la forma y del color de las cosas, pero fracasaban irremediablemente al pasar a describir las sensaciones y sentimientos que en sus mentes y sus almas constituían el mundo de valores inmateriales.

Unos y otros —hombres y bestias— vivían separados por un insalvable abismo de incomprensiones. La fatalidad les hizo diametralmente opuestos fisiológica, intelectual y espiritualmente. Dos razas de tan distinta naturaleza no cabían juntas en el mismo sistema planetario y el destino les impulsaba irrefrenablemente hacia un choque definitivo, tal vez mortal para ambos pueblos. La Tierra y Venus, coligadas ante la amenaza gris, procedían activamente al rearme de sus ejércitos, destacaban una considerable fuerza aérea en la Luna y ejercían una constante y nerviosa vigilancia en torno a sus planetas.

Era por esta causa por la que QW-d-224, comandante del patrullero sideral CS-99, se encontraba en estos momentos surcando el vacío cósmico, describiendo una órbita de 1.260.000 kilómetros en torno a la Luna, teniendo ésta a 200.000 kilómetros de distancia por el costado de estribor. QW-d-224 era un hombre corriente, de nacionalidad española, representando no contar más de veinticinco años de edad, aunque en realidad andaba cerca de los sesenta. Sus letras y cifra venían a ser algo así como su nombre y sus apellidos. No importaba que para sus familiares y amigos respondiera al nombre de Juan Marín. Para el Estado su nombre era QW-d-224, forma racionalizada de distinguirle de los centenares de Juan Marín existentes y de evitar las enojosas coincidencias de nombres y apellidos que ya se producían en el siglo XX, cuando la población total del mundo era solamente de 4.000 millones de almas.

QW-d-224 estaba completamente sólo a bordo de su patrullero. La tripulación que tenía a sus órdenes: pilotos, navegadores, observadores, etcétera, era puramente electrónica y ni siquiera tenía perfil humano, no obstante poseía en conjunto una serie de cerebros, ojos, oídos y voces, que superaban en muchos aspectos a

los cerebros, ojos, oídos y voces humanos.

Desde la cabina de su patrullero sideral, QW-d-224 contemplaba la Luna cuando a sus espaldas se escuchó el violento repiquetear de un timbre. El hombre dio un salto de sorpresa, volviendo sus ojos hacia el monstruoso cuadro de instrumentos, en el cual se encendía y apagaba, con rápidos parpadeos, una luz roja. Una voz, metálica y dura, bramó por un altavoz:

—¡Atención, comandante! ¡Atención, comandante! ¡Aparatos enemigos a la vista! ¡Distancia, 1.300.000 kilómetros! ¡Velocidad, 20.000 kilómetros por minuto! ¡Rumbo, 230-110-040! ¡Número, 5.500! ¡Hora: 11,30 p. m.!

QW-d-224 dio un prodigioso salto que le llevó ante el cuadro de instrumentos. El “ojo” fotoeléctrico del serviola u observador acababa de descubrir al enemigo a través del potente telescopio electrónico, había calculado su distancia y velocidad, verificando su rumbo, contando su número y leído la hora del reloj de a bordo, todo esto en una fracción de segundo. Y el enemigo, para estos robots adiestrados en la identificación de aparatos, era uno sólo y universal: ¡la abominable bestia gris!

El corazón de QW-d-224 palpitó más deprisa. Aparatos thorbod en formación masiva por los alrededores de la Luna, sólo podían querer decir una cosa. ¡Marte se decidía, finalmente, a comenzar la guerra!

Ahora era el operador automático de radio quien dejaba oír su voz llamando al patrullero:

—¡Hola, Luna! ¡Hola, Luna! ¡Llama CS-99, patrullero sideral!

—¡Hola, CS-99! ¡Contesta!, ¡Luna! —repuso la voz de un lejano operador de radio.

El radiotelegrafista automático del patrullero repitió el mensaje del observador.

—Entendido, CS-99 —contestó la Luna—. Siga informando cada minuto. Ponga rumbo a la Luna y manténgase a prudente distancia del enemigo.

El comandante ordenó a su piloto automático virar y poner proa al azul disco de la Luna. Luego fue a abrir el conmutador del aparato de radiotelevisión sintonizando con la Estación Central Interestelar de la Luna. En la pantalla apareció el conocido rostro de una joven y bella locutora.

—Noticias recibidas de nuestros patrulleros indican que una numerosa escuadra thorbod se dirige sobre la Luna desde todos los puntos del espacio —dijo la locutora leyendo una cuartilla—. Se recomienda a los selenitas calma y serenidad. Todo el mundo debe recluirse en sus casas. Las ciudades subterráneas cerrarán sus puertas de seguridad dentro de diez minutos. La flota selenita ha salido al encuentro del enemigo…

—¡Atención, comandante! —Gritó la voz del serviola electrónico de abordo—. ¡Proyectiles dirigidos enemigos a la vista! ¡Distancia, 1.250.000 kilómetros! ¡Velocidad, 50.000 kilómetros por minuto! ¡Número, 6! ¡Hora, 11,33!

El radiotelegrafista automático repitió el informe para la estación lunar.

—¡Hola, CS-99! —Llamó la Luna—. ¡Hola, CS-99! ¡Intercepte esos proyectiles!

QW-d-224 se precipitó sobre el cuadro de instrumentos, tiró de una palanquita y ordenó ante el micrófono:

—¡Comandante a artilleros! ¡Apunten contra proyectiles dirigidos y rompan fuego!

Los ojos electrónicos buscaron en el espacio a los veloces proyectiles, los identificaron y guiaron los proyectiles de Rayos Z contra ellos. Desgraciadamente, el alcance eficaz de estos rayos de fuego era solamente de 150 millas y la velocidad de los proyectiles demasiado grande para que estuvieran por muchos segundos dentro del radio de acción de los Rayos Z. En los siguientes minutos, el serviola electrónico continuó dando noticias del fantástico avance del enemigo: “Distancia, 200.000”. “Distancia, 150.000…”. “Distancia, 100.000…”. “Distancia, 50…”.

QW-d-224 conectó la pantalla al telescopio. Pudo ver un gran círculo negro, en cuyo fondo brillaban las estrellas muy aumentadas y media docena de largos y siniestros torpedos aéreos moviéndose a una fantástica velocidad. Desesperado, QW-d-224 vio cómo estos proyectiles salvaban en un sólo segundo la distancia de 300 millas por delante y por detrás del patrullero, sin que los Rayos Z tuvieran tiempo de hacerlos estallar. Los torpedos pasaron a corta distancia del patrullero y se achicaron velozmente en dirección a la Luna.

QW-d-224 corrió hacia el aparato de radio:

—¡Hola, Luna! ¡Hola, Luna…! No pude detener a los

proyectiles… llevaban una velocidad tremenda… ¡Estallarán sobre la atmósfera de la Luna dentro de cinco minutos, si no frenan su impulso!

El lejano operador de radio contestó con una exclamación de rabia. QW-d-224 miró por la ventana de proa hacia el azul disco de la Luna. El corazón le palpitaba atropelladamente. Si los torpedos aéreos eran simples bombas atómicas, éstas harían explosión a consecuencia del violento frote de los artefactos con el aire de la atmósfera lunar, de la misma forma que estallaban los aerolitos al chocar con la atmósfera de la Tierra. Para poder penetrar la envoltura atmosférica de la Luna y hacer explosión a corta distancia de su superficie, los torpedos tendrían que reducir notablemente su velocidad, y entonces se encargarían de destruirlos las baterías antiaéreas de la Luna.

Pero podían ser otra cosa. Podían ser bombas atómicas especiales para desarrollar una reacción en cadena de todos los átomos de la atmósfera de la Luna, y en este caso no importaría que penetraran en la envoltura gaseosa del satélite a toda velocidad. Al frote con la atmósfera, los torpedos harían explosión… ¡y con ellos estallaría todo el aire de la Luna, aniquilando toda la vida que hubiera sobre el satélite!

Los breves minutos que siguieron se le antojaron largos siglos al pálido QW-d-224. Para su sosiego se tranquilizaba diciéndose que la bestia gris no osaría utilizar esta arma apocalíptica. La bestia gris sabía que si aniquilaba a la Luna y a la Tierra, su planeta Marte seguiría la misma suerte a las pocas horas. También los terrestres poseían esta tremenda arma de destrucción en masa y podía darse por seguro que no vacilarían en utilizarla si los abominables hombres grises hacían uso de ella para convertir a la Tierra en un mundo muerto.

—¡No se atreverán! —Murmuró QW-d-224, apretando los puños con rabia—. ¡No es posible que sean tan locos…!

De pronto, ante los espantados ojos de QW-d-224, el hermoso disco azul de la Luna tomó un color rojo oscuro. A continuación, el satélite quedó convertido en una enorme bola de fuego que irradió una luz blanca y deslumbrante.

—¡No…! —Gritó QW-d-224 protegiéndose sus ojos con el brazo.

Ningún ruido se produjo. El sonido no se transmitía en el vacío

cósmico por donde volaba el patrullero CS-99. El lívido resplandor decreció en intensidad rápidamente. El comandante apartó los brazos y miró a la Luna con pupilas desorbitadas de horror. Oleadas de fuego envolvían al satélite, achicándose con rapidez. De pronto, todo quedó inmóvil. Un halo luminoso rodeaba a la Luna. Y la Luna perdió el hermoso brillo azul que le daba su atmósfera artificial, volvía a su fulgor frío y pálido de la época anterior a su colonización por el hombre. El halo luminoso se disolvió en el espacio como aventado por un invisible soplo de aire. La Luna había retornado a su triste condición de astro aterido, desierto, mudo… y muerto.

CAPÍTULO II

PÁNICO EN EL MUNDO

EN el cielo de Madrid, el disco llameante de la Luna atrajo sobre sí la mirada sorprendida de diez millones de ciudadanos que habían subido de la populosa urbe subterránea para gozar del suave fresco de aquella plácida noche estival. Inesperadamente, el circuito perifónico que tenía instalados sus potentes altavoces en los lugares más estratégicos de la ciudad había interrumpido su programa de música sinfónica para lanzar un inesperado aviso:

—¡Atención! La Estación Interestelar Selenita anuncia que han sido identificadas numerosas formaciones “thorbod” por los alrededores de la Luna. A la espera de poder ampliar estas noticias, continuamos con nuestra emisión.

Todos los ojos se alzaron hacia el negro tul de la noche, donde brillaba esplendida y azul la risueña cara de la Luna. Podría contarse con los dedos de las manos las familias madrileñas que no tenían algún pariente en la Luna. La empresa de hacer del satélite un mundo habitable había recaído casi exclusivamente sobre las robustas espaldas de la Federación Ibérica, unión de todas las naciones del mundo de habla y cultura hispana, y españoles eran los dos tercios de la población actual de la Luna.

Con la mirada, varios millones de idénticos pensamientos volaron hacia la Luna. ¿Correrían algún peligro el hermano, el hijo o los nietos establecidos en el satélite?

Y de pronto, lo inesperado. La Luna envolvíase en un halo de fuego, convirtiendo la noche en día. Un deslumbrante resplandor lácteo envolvía a las personas, a los parques, a los bosques, a los caparazones de acero que cubrían las entradas a la ciudad

subterránea, a las torres metálicas y hasta la inmediata sierra del Guadarrama. Un ronco rugido de terror brotó de millones de gargantas, haciendo estremecer el aire.

Para todos era sobradamente conocido el significado de aquella cegadora luz blanca. ¡La atmósfera de la Luna acababa de ser desintegrada!

La inmensa bola de fuego sólo lució unos breves segundos, extinguiéndose con rapidez, mientras un anillo luminoso rodeaba al satélite y se hacía más grande y más débil hasta apagarse por completo. La Luna volvió a su dulce y melancólico brillo de siglos.

—¡La bestia gris ha aniquilado a la Luna!

El grito corrió a lo largo y lo ancho de la capital como un soplo de viento gélido que hacía estremecer a los hombres. Y tras el grito llegó una ola de terror. La gente se arremolinó en las amplias avenidas, arrollando los jardines centrales y convergiendo tumultuosamente hacia los caparazones grises, semejantes a una inmensa formación de tortugas gigantes, cada uno de ellos sirviendo de entrada a un "rascasuelos".

Después de las primeras guerras de la Era Atómica, durante las cuales volaron por los aires ciudades tan populosas como Nueva York, San Francisco, Londres, París y Moscú, el hombre había decidido invertir sus ciudades proyectando los "rascacielos" hacia el dentro de la Tierra en vez de levantarlos sobre la superficie del planeta en busca de las nubes. Los "rascasuelos" del siglo XXV se clavaban en la Tierra alcanzando hasta 300 metros de profundidad. Todas sus entradas superiores afloraban a una extensa llanura donde se levantaban enormes parques, bosques y lagos, campos de deportes y velódromos para recreo y expansión de los soterrados habitantes de la ciudad.

Todos los edificios se comunicaban por su parte inferior, formando amplias calles y plazas subterráneas, por las que estaba prohibido el tránsito de vehículos, y todavía por debajo de esta extensa red de túneles se extendían centenares de kilómetros de "tubo" por los que iban y venían a velocidades desenfrenadas los trenes metropolitanos.

En caso de bombardeo atómico, se hacían sonar las sirenas y los ciudadanos que se encontraban fuera de la ciudad penetraban en ésta por las puertas de los caparazones de acero. Colosales

ascensores, capaz cada uno de ellos para subir o bajar un ejército, transportaban a las masas hasta el hondo de la urbe, mientras todas las puertas y rendijas eran cerradas herméticamente. La capital quedaba totalmente aislada incluso de la atmósfera exterior, respirando de sus reservas de oxígeno hasta pasado el peligro y tener la seguridad de que el aire exterior no estaba envenenado por los gases o la radioactividad.

Al producirse el pánico entre los habitantes de Madrid, éstos corrieron atropelladamente hacia las entradas de la ciudad, gritando, empujándose, cayendo y pereciendo varios centenares de ellos arrollados por la masa, ciega a todo lo que no fuera asegurarse con la máxima rapidez un refugio contra el inminente ataque de la bestia gris.

Los altavoces se desgañitaron recomendando vanamente calma y serenidad. Como si la Tierra fuera a correr en los próximos segundos la misma suerte que la desgraciada Luna, la gente se apelotonó en los ascensores, arrollando al cordón de policías que pugnaban por evitar la confusión y las subsiguientes víctimas por asfixia y aplastamiento. Uno de los montacargas, al recibir sobre su plataforma un peso cinco veces mayor al que era capaz de resistir, se hundió, precipitando en el abismo de 300 metros de profundidad, a varios miles de frenéticos locos.

Este era el resultado de una larga y sensacionalista especulación periodística sobre los horrores de una guerra total entre la bestia gris y la humanidad. Durante años y más años, las películas televisadas habían explotado el tema de una conflagración universal donde se ponían en juego los más pavorosos instrumentos de destrucción en masa. No existía ninguna más terrible ni de más desoladores efectos que la bomba “W”. Esta actuaba sobre la atmósfera a modo de detonador, originando una reacción en cadena de los átomos contenidos en el aire, lo que equivalía a decir que después de una explosión de esta índole, la vida se haría imposible en el planeta elegido como víctima, ya que la delgada capa de aire que envolvía a la Tierra actuaba a modo de coraza contra los ardores del Sol, las radiaciones cósmicas y el frío aniquilador del vacío sideral, eso sin contar que el aire les era indispensable a los hombres para respirar.

Hasta hoy, habíase dado por seguro que la bestia gris jamás

osaría emplear la bomba “W” por miedo a la justa represalia de sus enemigos. Sin embargo, los hombres grises acababan de destruir la Luna con uno de estos artefactos infernales. No parecían temer las represalias terrestres. Tal vez confiaban en impedirlas lanzando un ataque fulminante contra la Tierra, arrasándola por completo, liquidando a la humanidad antes de que ésta tuviera tiempo de correr con otra bomba “W” hasta el planeta Marte para arrastrarlos, en un último ataque desesperado, a la total destrucción.

Escenas de pánico, idénticas a las de Madrid, se produjeron simultáneamente en todo el mundo. La humanidad, creyendo llegado su último instante, corrió a guarecerse en sus grandes ciudades subterráneas, donde les quedaba una remota posibilidad de salvación aislándose de la atmósfera.

En estos momentos de angustia, el pensamiento de casi la totalidad del género humano fue a posarse en el autoplaneta *Rayo*. De un extremo al otro del mundo alzóse la misma exclamación:

—¡Quién tuviera el *Rayo* para poder escapar!

¡El *Rayo*! ¿Cómo era el *Rayo*?

Suspendido sobre el cielo de Madrid, visto a través de unos buenos prismáticos, aparecía, como un pequeño Saturno. Se trataba de una esfera hueca de 400 metros de diámetro, rodeado por un anillo de 600 metros de diámetro y 20 de grosor. El anillo estaba fijo a la esfera por la parte media de esta, lo que podría llamarse línea del Ecuador.

Construida de un metal exótico llamado “dedona”, cuya densidad era del orden de 40.000 veces mayor que el hierro, esta máquina prodigiosa albergaba en su interior una pequeña ciudad capaz para 10.000 habitantes, que podían vivir cómodamente en cuatro esbeltos rascacielos de 60 pisos y 170 metros de altura cada uno.

El *Rayo* era una máquina extraterrestre construida en un remoto planeta llamado “Ragol”.

Las circunstancias de su presencia en el cielo de España eran de lo más curioso, y formaban parte de una historia casi increíble: la de sus tripulantes.

Allá por el año mil novecientos setenta y tantos, una comisión de las Naciones Unidas funcionaba bajo el poco conocido nombre de “Astral Information Office”. Esta Comisión estaba a cargo del

profesor Louis Frederick Stefansson, un sabio medio chiflado que contaba con un pequeño despacho en el edificio de la ONU, en Nueva York, a cargo de una linda secretaria llamada Bárbara Watt.

Instituida para vigilar cualquier amenaza posible procedente de las estrellas, la Comisión se hallaba reuniendo información acerca de los famosos "platillos volantes", cuando una confusa historia dirigió los pasos del profesor Stefansson y su equipo al Tíbet.

La "Astral Information Office" tenía a su servicio un avión de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, cuyo piloto era el teniente Miguel Ángel Aznar de Soto, español de nacimiento, estando formada la tripulación por los sargentos George Paiton, copiloto; Walter Chase, navegador, y Richard Balmer, telegrafista.

Por muy extraños caminos, el equipo llegó a cierta aldea donde unos tibetanos alardeaban de haber dado muerte a dos seres, no humanos, que habían bajado del ciclo colgados de "sombrillas", después de abandonar un objeto volador en forma de plato que fue a estrellarse en un ventisquero inaccesible.

Toda la aldea tibetana había sido asesinada cuando el equipo del profesor Stefansson llegó allá, pero unos pocos supervivientes les condujeron hasta el precipicio por donde habían arrojado a los dos "hombres grises".

Comprobada por el profesor Stefansson la naturaleza extraterrestre de aquellos seres, estaban a punto de anotarse un éxito sensacional en sus investigaciones cuando fueron capturados por otros "platillos volantes" que inoportunamente se presentaron en aquel lugar.

Prisioneros de los hombres grises, también llamados "thorbod", los miembros del equipo consiguieron escapar y llegar a la China, desde donde fueron repatriados[2].

Pero a su regreso al mundo civilizado, el profesor Stefansson y sus muchachos vieron con sorpresa que su historia no era creída. No poseían ninguna prueba con que apoyar su relato. Las fotografías y los restos que tomaron de los cadáveres "thorbod" se habían perdido. Algunos miembros de la expedición quisieron, equivocadamente, dar verisimilitud al relato omitiendo los detalles más increíbles. Otros, al contrario, en un desmedido afán de sensacionalismo, relataron cosas que nunca habían ocurrido.

Pillados en flagrante contradicción, la historia fue rechazada por

fantástica, los componentes de la expedición cayeron en el descrédito y se vieron obligados a dispersarse, buscando, bajo nombres falsos, ocupaciones distintas en lugares distintos del mundo.

La historia de los hombres grises parecía haberse olvidado por completo cuando unos meses más tarde, Miguel Ángel Aznar, refugiado en casa de sus padres en España, recibió un telegrama y dos pasajes de avión de cierto hombre llamado Harry Tierney, propietario de una factoría de Cleveland especializada en el suministro de componentes para los motores de los vehículos espaciales que entonces estaba utilizando la NASA en su programa de situar al hombre en la Luna.

Harry Tierney empleaba a un viejo científico alemán llamado Erich Von Eiken, quien partiendo de unos antiguos apuntes, había desarrollado un nuevo combustible para aviones cohete. La extraordinaria potencia de este combustible obligó a Thomas Dyer, ingeniero de Tierney, a diseñar unos nuevos motores, y, finalmente, Edgar Ley, también empleado de Tierney, tuvo que diseñar un nuevo prototipo de avión gigantesco capaz de resistir las altas velocidades que le imprimirían los motores de Dyer y el combustible de Von Eiken.

De este modo, cuando Miguel Ángel Aznar llegó a Cleveland, se vio ante una aeronave de la cual no existía parangón en el mundo.

Era tal la potencia del prototipo, bautizado con el nombre *Lanza*, que en el vuelo de pruebas abandonó la atmósfera terrestre y se convirtió en un satélite artificial de la Tierra.

Harry Tierney manifestó a Aznar estar asustado de las amplias posibilidades que su nuevo avión abría al futuro. Sencillamente, la nación que poseyera el secreto de aquel nuevo avión tendría a sus pies, inerme, al resto del mundo. Tierney, hombre idealista, estaba dispuesto a destruir su avión "para impedir que nadie pudiera utilizarlo como arma de guerra".

Pero antes de destruir al *Lanza*, Tierney hizo una proposición a Miguel Ángel Aznar. Si era cierto que existían los hombres grises de Venus, y éstos abrigaban intenciones hostiles contra la Tierra, entonces estaría justificado que él entregara el *Lanza* al mundo para que éste estuviera en condiciones de defenderse del ataque de los hombres de Venus.

Tierney no desconfiaba de la historia contada por el profesor Stefansson, pero quería asegurarse por sí mismo de la existencia de los discutidos hombres de Venus. Tenían listo el único avión del mundo capaz de hacer un viaje a Venus y regreso a la Tierra. Sólo faltaba pertrecharlo si Miguel Ángel Aznar y sus amigos estaban dispuestos a acompañarle a Venus. Aznar dijo que sí, y de este modo, pocos meses más tarde, el *Lanza* despegaba en la complicidad de la noche y volaba a Venus[3].

En Venus, la expedición pudo certificar la existencia cierta de los hombres grises, pero como temían que ocurriera igual que la primera vez, Aznar puso mucho empeño en capturar al menos un "thorbod" para llevarlo consigo de regreso a la Tierra.

Este empeño por llevar consigo un prisionero había de resultar funesto a la expedición. De regreso de Venus el *Lanza* descubrió un planeta errante que iba a interferir en su ruta. Cuando los tripulantes del *Lanza* quisieron poner en marcha los motores para alejarse de aquel extraño mundo, descubrieron con horror que el prisionero "thorbod" había provocado una avería de importancia.

Arrastrados por la fuerza de atracción de aquel mundo, los expedicionarios se vieron obligados a efectuar un aterrizaje forzoso en un planeta extraño cubierto de hielo, en el cual, para colmo de desdichas, no existía siquiera una atmósfera respirable.

El planeta errante viajaba por el espacio a la respetable velocidad de 400.000 kilómetros por hora, arrastrando consigo, lejos de la Tierra, a aquel puñado de desesperados náufragos.

Después de vivir horas de angustia en aquel inhóspito mundo, los terrícolas descubrieron que estaba habitado. ¡Estaba habitado por máquinas "pensantes", que en repetidas ocasiones intentaron aniquilarles!

El valor y la audacia de los náufragos les condujo hasta el lugar donde, hacía siglos, se había empezado a construir un gigantesco autoplaneta. Esta máquina gigantesca era el *Rayo*.

Los habitantes de Ragol habían construido un monstruoso cerebro electrónico. Pero habiendo medido mal los alcances de esta máquina prodigiosa, se excedieron. El "cerebro" fue más lejos de lo que sus creadores pensaron jamás y, haciendo abstracción de su propio ser, empezó a razonar por su propia cuenta.

Las consecuencias fueron catastróficas. Toda la vida de aquel

superadelantado mundo dependía del funcionamiento del gigantesco "cerebro". Este decidió eliminar a los humanoides. Cortó la energía eléctrica, abrió los conductos de aireación de las ciudades subterráneas, y toda la humanidad pereció. Los robots, bajo las órdenes del "cerebro" se encargaron de liquidar a los supervivientes de esta masacre descomunal[4].

Pero el "cerebro" ignoraba que allí mismo dormían un sueño de siglos cierto número de prohombres "saissai", la misma raza de hombres azules que también habitaba Venus. Cuando Miguel Ángel Aznar y sus amigos detuvieron el funcionamiento del "cerebro monstruo", los "saissai" despertaron en su cripta secreta. Estos cultos hombres fueron quienes, posteriormente, terminaron de construir el *Rayo*.

La tarea les llevó más de dos siglos, mientras Miguel Ángel Aznar y sus amigos dormían en estado de hibernación, en la misma cripta donde antes dormían los prohombres de la raza "saissai".

Terminado el *Rayo*, los terrícolas despertaron de su letargo para emprender el regreso a la Tierra. Cuando finalmente llegaron a este mundo, encontraron la Tierra envejecida… ¡en cuatrocientos treinta años!

Miguel Ángel Aznar y los que con él estuvieron en Ragol eran, pues, los únicos hombres del siglo XX que vivían en este supercivilizado siglo XXV, a la sazón sentado sobre un volcán. Cuando el *Rayo* llegó a la Tierra encontró a ésta empeñada en una cruenta guerra de razas. Restablecida la paz, debido en gran parte a la intervención personal de Miguel Ángel Aznar, se propuso acabar con las guerras. Para ello organizó una "Policía Sideral", encargada de mantener la paz en toda la galaxia. Pero la "Policía Sideral" había fracasado en su intento de unir a Marte a la gran comunidad de planetas. Marte no deseaba la paz. Sus actuales pobladores, los hombres grises, pretendían nada menos que erigirse en los dueños del Universo y en centro de la futura civilización. Este brutal y sorpresivo ataque a la Luna era la respuesta de la bestia a los ofrecimientos de paz hechos por la Tierra.

En el momento de producirse el ataque "thorbod", Miguel Ángel hallábase en Madrid, reunido con el alto estado mayor de la Policía Sideral, apresuradamente convocado en conferencia extraordinaria al recibirse las primeras noticias de la presencia de aparatos

marcianos en las inmediaciones de la Luna. La asamblea acababa de ocupar sus sillones en torno a la gran mesa cuando llegó la aterradora nueva: ¡La Luna había sido destruida!

Un soplo gélido pareció penetrar en la lujosa sala de conferencias del edificio de la Sociedad de las Naciones. Los rostros palidecieron. Los ojos intercambiaron miradas de profundo terror…

Asistieron a la Conferencia el general Ortiz, por la Federación Ibérica; el general Kisemene, por la Unión Africana; el general Yenangyat, por el Imperio Asiático; el general Limoges, por los Estados Unidos de Europa; el general Power, por los Estados Unidos de Norteamérica, y el general Kadde, por las Naciones Venusinas, cada uno de ellos con un séquito de ayudantes y secretarios, lo que elevaba el número de los presentes a medio centenar de hombres y mujeres.

Las oscuras pupilas del almirante Miguel Ángel Aznar relampaguearon. Miguel Ángel era un joven de elevada estatura, cintura breve, caderas estrechas y largos miembros. Tenía negro, bronco y ondulado el cabello, los ojos castaño oscuros, despejada la frente, grande la boca y cuadrada y enérgica la barbilla. Estos rasgos se armonizaban en su rostro que denotaba inteligencia, dinamismo y serenidad. Para los emperingotados generales de la Policía Sideral, la actitud serena del almirante fue a modo de un freno que contuvo, al menos aparentemente, sus primeras manifestaciones de pavor.

—¡Cielo santo! —exclamó el general Limoges con los cabellos erizados—. ¿Se propondrán esos monstruos hacer lo mismo con la Tierra?

—No lo creo —repuso Miguel Ángel con voz ligeramente ronca —. La bestia sabe que si aniquila la Tierra, también Marte será arrasado.

—¿Cree que esa posibilidad puede asustar a esas horribles criaturas?

—No tenemos el menor indicio de que la bestia gris se asuste por nada —contestó el almirante—, pero por muy inhumanos que sean, no dejarán de tener un mínimo de instinto de conservación, el suficiente para advertirles la irreparable equivocación que cometerían destruyendo a la Tierra. Esto, además, va contra sus propósitos. La bestia no quiere ver convertida la Tierra en un

mundo inhabitable. Quiere unir este planeta a su imperio, hacer de él el centro de sus futuras conquistas universales, gozar su privilegiado clima. No. La bestia no va a volatilizar la atmósfera y los océanos terrestres en los próximos diez minutos ni en los próximos mil siglos.

Una aura primaveral pareció pasar por la sala borrando la frigidez anterior y la contracción nerviosa de los rostros humanos. No obstante, el general Kadde, de Venus, preguntó:

—¿Y si la bestia pretendiera aniquilar a todo el género humano, procediendo luego a la rehabilitación de la Tierra, como nosotros hicimos con la Luna?

Miguel Ángel sonrió.

—¿Levantar una atmósfera artificial en torno a la Tierra y fabricar molécula sobre molécula todos los océanos perdidos? —preguntó irónico—. No, excelencia. Aunque teóricamente sea posible hacerlo, en la práctica resulta un problema insoluble. Largos años de esfuerzos se necesitarían para hacer habitable la Luna y todavía en el momento de ser torpedeada por la bestia gris no habíamos conseguido formar un lago de dimensiones respetables. La Tierra es cincuenta veces mayor que la Luna. ¿Imagina la cantidad de esfuerzos que serían necesarios para devolverle su atmósfera y, sobre todo, sus océanos?

—Desconocemos la potencialidad industrial de Marte. Tal vez la bestia pudiera realizar el milagro en un tiempo relativamente corto.

Miguel Ángel volvió a sonreír.

—Los recursos de la bestia no serán muy superiores a los nuestros. Descartemos la posibilidad del aniquilamiento de la Tierra. ¿Para qué había de obligarse Marte en una tarea tan gigantesca, si puede adueñarse de la Tierra tal y como está, con sus océanos, su atmósfera, sus ciudades, sus fábricas y su potencial humano? La bestia acaba de demostrarnos, una vez más, su audacia y su fría y tranquila inteligencia. Acaba de convertir en ruinas la Luna, borrando de su faz quinientos millones de seres humanos, y lo ha hecho así con la seguridad de que los terrestres, pese a esta provocación, nos abstendríamos de contestar en la misma forma, torpedeando a Marte con otras bombas “W”. No teme las represalias, porque aunque hemos estado jactándonos de aniquilar a Marte si nos provocaban, la verdad es que no podemos hacer tal

cosa sin acarrear sobre nuestras cabezas la ruina total. Si la Tierra aniquila a Marte, no pasarán dos horas sin que la Tierra sucumba de la misma forma.

—Entones… —murmuró el general Yenangyat—, ¿qué podemos hacer?

—Sólo podemos hacer una cosa —repuso Miguel Ángel—. Luchar con todos nuestros recursos contra la bestia por la libertad del mundo. Dentro de unas horas, toda la potencialidad aérea de los "thorbod" se volcará sobre la Tierra en un desesperado intento por arrollarnos y poner pie en este planeta. Hemos de impedirlo a toda costa, porque si la bestia nos arrolla en el espacio y desembarca en este planeta, la humanidad será víctima de la más cruel y odiosa esclavitud.

—Antes que ser esclavos de esas horribles criaturas provocaríamos la desintegración de la atmósfera marciana y la terrestre —rugió el general Power con odio.

—Nada de eso —repuso Miguel Ángel serenamente—. No cabe en ninguna conciencia cristiana el suicidio en masa de ciento cincuenta mil millones de almas. Nosotros, los que podríamos arrastrar a la humanidad al desastre, no daremos jamás la orden de volatilizar la atmósfera terrestre. No tenemos derecho a hacerlo, porque si los aquí reunidos preferimos la muerte a la esclavitud, habrán en este planeta millones de almas que prefieran la esclavitud y la esperanza de una libertad en lo futuro a arremeter con todo y hundirse en la muerte arrastrando a nuestros enemigos.

Nuevamente pasó sobre las frentes de los generales la sombra de una honda preocupación. Sonó el zumbador del radiovisor que Miguel Ángel tenía junto a sí, sobre una esquina de la mesa. En la pantalla apareció el rostro de una joven oficial del Cuerpo de Transmisiones.

—Excelencia —dijo la muchacha—. Patrulleros de las fuerzas aéreas norteamericanas informan de la presencia de tres poderosas escuadras "thorbod" en ruta hacia la Tierra. Anuncian desde Venus que otra formación masiva de aparatos marcianos está atacando aquel planeta. Las escuadras venusinas libran en estos momentos empeñada batalla a unos trescientos mil kilómetros de la atmósfera de Venus. Las noticias sobre el curso del combate son todavía confusas. Quedamos a la espera de más detalles.

Miguel Ángel cerró la comunicación con un gruñido y miró a los generales.

—Espero —dijo el general Kadde— que mis compatriotas puedan resistir el asalto. Si la bestia consigue poner su planta sobre Venus, serán necesarios incalculables esfuerzos para desalojarla de allí más tarde. Tal vez si enviáramos refuerzos…

—Si lo hiciéramos nos comportaríamos estúpidamente. Esto es precisamente lo que la bestia espera que hagamos: debilitar nuestros efectivos enviando una parte considerable de ellos a defender Venus, mientras el grueso de las escuadrillas "thorbod" caen sobre la Tierra. A mi juicio, lo más acertado es contraatacar en el mismo Marte. Si conseguimos desembarcar algunos contingentes de fuerzas especiales en Marte, los "thorbod" tendrán que replegar sus efectivos de Venus y dedicar alguna atención a su propio planeta-base.

—También eso sería debilitar nuestras fuerzas —apuntó Kadde.

—Sí, pero obligaríamos a los hombres grises a venir tras nosotros, y eso salvaría a Venus y aliviaría a la Tierra. Lo más difícil será mantenernos en Marte durante mucho tiempo, pero si sacrificando algunos miles de aviones desviamos el primer golpe marciano, tendremos más probabilidades de vencer en las batallas posteriores. Mi propósito no es invadir Marte formalmente, sino retener en aquel planeta fuerzas "thorbod" desproporcionadas con el número y la importancia del cuerpo expedicionario. El *Rayo* serviría a las mil maravillas como nave de transporte. Si esta asamblea da su visto bueno, antes de seis días puedo estar bombardeado Marte.

—¿Pretende tomar personalmente el mando de ese cuerpo expedicionario? —preguntó el general Limoges, sorprendido.

—Sí.

Los generales intercambiaron una mirada de perplejidad.

—¿Cuántos aparatos considera su excelencia necesarios para apoyar a los "comandos"? —preguntó el general Power.

—Serán suficientes unos veinticinco mil cazas y otros tantos bombarderos. Con esa fuerza y los diez mil hombres que puede llevar el *Rayo* me comprometo a retener en Marte doscientos mil aviones "thorbod" y todas sus tropas. Los hombres grises no son demasiado numerosos.

Los generales consultaron entre sí durante unos minutos y, finalmente, concedieron su visto bueno al audaz proyecto del almirante. El joven se apresuró a abandonar la conferencia, dejando al Alto Estado Mayor muy ocupado en poner en pie de guerra todos los recursos bélicos del mundo para enfrentarlos con el fulminante y rudo golpe marciano que en estos momentos caía sobre la Tierra.

CAPÍTULO III

CORRESPONSAL DE GUERRA

UNA ansiedad febril agitaba a Lola Contreras (JO-k-1900), mientras conducía su rápido y silencioso automóvil eléctrico por la magnífica pista de 500 metros de anchura que conducía a la base de los grandes cruceros de combate de las fuerzas aéreas ibéricas. Era la primera misión de verdadera importancia que se le concedía, una oportunidad tal vez única de sobresalir del monótono color pardo de la masa, y ante esta posibilidad seductora, largamente acariciada, Lola sentíase víctima de cien temores vagos, el más corpóreo e importante de los cuales era llegar tarde a la cita que tenía con el autoplaneta *Rayo*, surto en el lago artificial donde amaraban las grandes naves del espacio.

En este siglo XXV, donde la gente vivía a expensas de las máquinas y el Estado se encargaba de surtirle de todo lo necesario para subsistir, la actividad humana tenía un campo muy limitado donde consumir su tiempo, su vigor físico y sus facultades mentales. El deporte, las ciencias, las bellas artes y las letras estaban saturadas de atletas, de sabios, de artistas de todos los géneros y de escritores. Nunca el hombre se había esforzado tanto por sobresalir sobre esta masa parda y uniforme llamada humanidad y, a la vez, jamás encontró tan formidables obstáculos para distinguirse.

El hombre disponía completamente de las veinticuatro horas de cada día. No tenía que levantarse temprano para ir a la oficina o el taller. No tenía que bregar la mitad de cada día, ni estar preocupado durante la otra mitad, por cosas tan absurdas como los alimentos, el vestido, la educación de sus hijos, la vivienda, los impuestos y todas las demás calamidades cotidianas del histérico

siglo XX. De los 20 a los 26 años, el Estado obligaba a trabajar a los hombres y las mujeres, sin distinción, en las colosales fábricas, en los almacenes distribuidores de alimentos y artículos vitales y en la construcción de nuevas fábricas, ciudades u obras públicas. Cumplido su servicio, el hombre y la mujer del siglo XXV quedaban en libertad de hacer lo que se les antojara de su tiempo.

La humanidad, que antes se lamentaba de un continuo ajetreo, sentía ahora la necesidad de hacer "algo". El Estado premiaba con algunos regalos y distinciones honoríficas los actos meritorios de quienes destacaban en cualquier actividad. ¡Pero era tan numerosa la prole de Adán! Todos los campos de la actividad humana estaban archisaturados de gentes que se afanaban por sustraerse de la fría matrícula impuesta por el Estado y hacer conocer su nombre en alguna forma. Los cargos militares no estaban retribuidos, como tampoco los de los ministros, los investigadores o los científicos, y todavía sobraban gentes deseosas de desempeñar cualquiera de estos cargos, tanto por tener algo en qué distraer sus ocios como por sobresalir sobre la plebe que iba a surtirse de alimentos y vestidos a los almacenes gubernamentales, practicaba toda clase de deportes al aire libre o atestaba las calles moviéndose como un rebaño de reses gordas, bien nutridas y somnolientas.

Lola Contreras había dedicado sus esfuerzos a distinguirse en uno de los campos más difíciles, por ser uno de los más aplaudidos por la multitud. En este siglo la imagen reinaba sin discusión. Desde sus casas, con toda comodidad, el público asistía a grandes torneos deportivos, a conferencias, a espectáculos, sirviéndose de sus pantallas de televisión. El público, sin moverse de su casa, podía estar ahora asistiendo a una carrera de caballos en Londres y, tres segundos más tarde, presenciar desde el mismo sitio la fiesta de Año Nuevo en Pekín.

Un exceso de monótonas realidades empujaba al hombre del siglo XXV hacia el fantástico mundo de la novela hecha imagen. Las películas, en especial las de aventuras, eran su pasión. Sólo había una modalidad de películas que celebraba todavía más, y ésta era el noticiario cinematográfico, el reportaje en imagen y color, sucesor de los extintos periódicos impresos que la radiovisión desterró para siempre.

Los reporteros del siglo XXV eran todos reporteros gráficos. El

hombre actual, acostumbrado a “ver” y “oír”, apenas si leía. Y Lola Contreras había tomado la difícil profesión de reportero gráfico.

Lola no parecía solamente joven en un mundo de eterna juventud. Lo era en realidad. Tenía 26 años y era esbelta, armoniosamente proporcionada, como la generalidad de estas generaciones descendientes de hombres y mujeres que habían practicado intensivamente la gimnasia. Era rubia, de ojos azules, roja y jugosa boca y naricilla ligeramente respingona, denotadora de un carácter exclusivista, audaz y emprendedor.

Para sosiego de Lola, el *Rayo* continuaba en la base acuática, flotando como una gigantesca y brillante esfera amarilla sobre las aguas verdes de la laguna. La muchacha se apresuró a saltar del coche, tomó su pequeño saco de viaje y el estuche con la cámara cinematográfica y se precipitó hacia una canoa amarrada al muelle. Un par de minutos más tarde, Lola trepaba por una escalerilla de hierro hasta el anillo ecuatorial del *Rayo*, que se elevaba varios metros sobre el nivel del lago, y entraba en la fantástica aeronave tras mostrar al oficial de guardia la autorización apresuradamente firmada por el general Ortiz.

La anchurosa plaza del autoplaneta, a cada uno de cuyos cuatro extremos se levantaba un esbelto rascacielos de 60 pisos, estaba atestada de soldados, viéndose aquí y allá montañas de equipo militar, cañones lanza-cohetes, proyectores de Rayos Z y demás artefactos bélicos. La tropa vestía corazas especiales contra la radiactividad y el fuego. El ruido que producían tantos miles de hombres vestidos de hierro, entrechocando sus corazas y sus monstruosas escafandras esparcidas por el piso, era ensordecedor. A este estrépito uníase el zumbido de las conversaciones, semejante al de una colmena gigante en afanosa actividad.

Apenas acababa de entrar Lola cuando las compuertas del *Rayo* se cerraron herméticamente. Una sirena atronó los ámbitos de la enorme cúpula y la tropa lanzó un “¡hurra!” estentóreo. El *Rayo* se elevó suave y majestuosamente, abandonando las aguas del lago para flotar en el espacio. Sin escapes estruendosos de gases, como por arte de magia, la enorme astronave fue subiendo a creciente velocidad, achicándose en la distancia rápidamente, pasando de monstruosa bola a segunda luna, para seguir empequeñeciéndose hasta convertirse en una estrella que finalmente pasó a ser una

cabeza de alfiler y luego nada.

* * *

Después de rodar varios metros de “film” en el piso superior del autoplaneta, registrando en su cámara cinematográfica la agitación y el entusiasmo de las tropas especiales en el momento de la partida, Lola Contreras solicitó del oficial de guardia una entrevista con el almirante. La pretensión era muy atrevida. Lógicamente, el almirante debía de estar muy ocupado en estos momentos, cuando el autoplaneta surcaba el espacio a tremenda velocidad rumbo a Marte y quedaba muy poco tiempo para dar los últimos toques al plan de campaña.

Sin embargo, contra toda lógica, Lola Contreras fue admitida en el cuarto de trabajo del almirante. Miguel Ángel, rodeado de media docena de sus capitanes, examinaba grandes mapas de Marte extendidos sobre la mesa. Al entrar la muchacha, levantó los ojos y los clavó en ella fijamente.

—¿De modo que usted es la corresponsal de guerra? —preguntó.

—Mi nombre es Dolores Contreras —repuso la joven—. Siento venirle a interrumpir en su trabajo. Mi intención era hacerle una interviú; pero si usted no dispone de tiempo, esperare con mucho gusto mejor oportunidad.

—Responderé ahora mismo a sus preguntas, con tal de que no sean muchas —sonrió Miguel Ángel.

Lola, admirada de su suerte, fijó su cámara cinematográfica a un extremo de la mesa, de modo que enfocara al almirante, le dio marcha y fue a ocupar un sillón junto al propietario del *Rayo*, de manera que el enfoque de la cámara la alcanzara a ella también. Esto era muy importante para los propósitos de Lola. Los futuros espectadores del reportaje debían conocer desde el primer momento al autor del mismo.

—En primer lugar —dijo Lola—, al público le gustaría conocer sus impresiones personales acerca de esta guerra que acaba de comenzar. ¿Considera su excelencia que la Humanidad se enfrenta en un momento trascendental de su existencia?

—Sí —repuso Miguel Ángel—. La Humanidad vive las horas más decisivas de su Historia. Hace siglos que los hombres grises llegaron

a esta galaxia con ánimos de colonizarla. La Humanidad les ha opuesto una resistencia tenaz. La bestia se lanza ahora al asalto final, el que ha de decidir si este sistema planetario pasa a su poder o les rechaza para siempre. Ambos bandos luchamos por el espacio vital y la hegemonía de nuestras razas. La lucha será a muerte. Nadie dará ni pedirá cuartel.

—¿Confía su excelencia en nuestra victoria final?

—Un capitán siempre está seguro del triunfo de su ejército —contestó el almirante sonriendo.

—¿Podría su excelencia hacer un resumen de sus planes inmediatos? Más específicamente… ¿cuál es la misión que en estos momentos nos lleva a Marte?

—Mi plan es llevar la guerra al propio terreno del enemigo.

—¿Qué espera conseguir con esta táctica?

—Obligar a la bestia a apartar su atención de la Tierra para fijarla en su propio planeta. Retener en Marte un número de aviones y de divisiones superiores a nuestros propios efectivos.

—¿Cuál va a ser el principal objetivo de este raid?

—Me propongo descargar un golpe fulminante sobre Nemania, capital del imperio “thorbod”, ocuparla y retenerla cuanto tiempo sea posible.

—No será cosa fácil conseguirlo, ¿verdad? Se dice que Marte está formidablemente fortificado. En realidad, hace un par de siglos que ningún terrestre ha puesto los pies sobre ese planeta. La bestia no tendrá desguarnecido su territorio. Debe tener en Marte un número abrumadoramente superior al de esta expedición en aviones y en hombres.

—Sin duda, pero tenemos de nuestra parte la sorpresa… y un arma secreta. Nemania, con un poco de suerte, caerá en nuestras manos sin necesidad de someterla a un bombardeo preliminar.

—¡Un arma secreta! —exclamó Lola—. ¿Dónde está?

—Aquí, a bordo del *Rayo*.

—¿Tendría inconveniente en hablarme de ella? ¿Es realmente decisiva? —interrogó Lola con curiosidad.

—No puede decirse que sea decisiva. Al menos no lo es para rendir a la bestia. Pero bastará para proporcionarles una desagradable sorpresa. ¿No ha oído hablar usted de nuestros torpedos “terrestres”?

—Desde luego. No se habla de otra cosa de un par de años a esta parte. Los torpedos terrestres pueden abrirse paso a través de la roca más consistente y, por debajo de tierra, llegar hasta las ciudades subterráneas haciendo explosión y reduciendo a cenizas la ciudad. Es el arma más temida de la actualidad. Ella convierte en inútiles todas las defensas de las ciudades subterráneas, creadas originalmente contra los bombardeos aéreos.

—Pues bien —dijo el almirante—. Nuestra arma secreta es ni más ni menos que una nueva aplicación de los torpedos terrestres. En vez de pequeños torpedos, hemos construido media docena de grandes torpedos, capaz cada uno de ellos para transportar doscientos hombres completamente armados. Me propongo asaltar la capital marciana con estos vehículos subterráneos que, dicho sea de paso, dejan tras sí un túnel capaz para que por él puedan penetrar grandes contingentes de tropas.

—¿No sería más práctico torpedear la capital?

—Se necesitarían por lo menos media docena de torpedos terrestres para destruir una ciudad de la categoría de Nemania. El inconveniente de esos torpedos es que al hacer explosión se pierden sin remedio… y no disponemos de bastante “dedona” para fabricar tantos torpedos como serían necesarios para destruir los centenares de ciudades que existen en Marte. ¿Comprende? “Dedona” es el maravilloso metal de que está construido el *Rayo*. Este metal se desconoce en el sistema planetario solar. Un sustitutivo fue hallado en el planetillo Eros, pero esa fuente no puede explotarse ahora con la guerra. En realidad, esta guerra ha empezado por causa de Eros. La bestia dedujo que si los terrestres conseguíamos sacar “dedona” de Eros y construir con ella torpedos terrestres y aparatos aéreos como los del *Rayo*, jamás podrían apoderarse de la Tierra y Venus en una guerra. Por esto se han lanzado al ataque, antes de darnos tiempo a sacar sobre Marte una considerable ventaja en artefactos bélicos de nueva factura. El poco mineral que conseguimos extraer de Eros ha servido para construir estos vehículos subterrestres y como medio centenar de torpedos. El repentino ataque “thorbod” nos ha sorprendido cuando nos disponíamos a empezar la fabricación de nuevos destructores siderales en serie.

—¿Cree su excelencia que de no haber mediado el asunto de Eros con su precioso mineral no hubiera habido guerra con Marte?

—¡Oh, no, en absoluto! —protestó Miguel Ángel—. La guerra era inevitable. El asunto de Eros no ha hecho más que precipitar los acontecimientos. No me pregunte si esto ha sido mejor o peor para nosotros, pues lo ignoro. La cuestión es que la bestia nos ha atacado y estamos metidos de lleno en una guerra que hemos de ganar a toda costa.

—Muchas gracias por sus interesantes declaraciones, almirante. ¡Ojalá tengamos suerte en Marte! ¿Me permitirá su excelencia tomar parte en el asalto de Nemania?

—No considero esa aventura muy recomendable para una mujer, aunque sea corresponsal gráfico —sonrió Miguel Ángel.

Lola Contreras hizo una extraña mueca.

—Sí, ya sé lo que está pensando —dijo el almirante echándose a reír—. Pertenezco a una generación donde las mujeres todavía no tomaban parte activa en las guerras. En el siglo XX, que es el mío, las señoras ya comenzaban a escalar los puestos hasta entonces reservados a los hombres, pero aún había de pasar mucho tiempo antes de que se emanciparan por completo. Bien, usted es una muchacha del siglo XXV. Tendrá un puesto en el vehículo subterrestre que yo ocupe, si ese es su gusto.

—No sabe cuánto se lo agradezco, excelencia —contestó Lola poniéndose en pie. Lola paró el motorcito de su cámara cinematográfica, saludó con una de sus cautivadoras sonrisas y abandonó la sala seguida de la mirada bondadosa del almirante.

CAPÍTULO IV

GUERRA DE MUNDOS

EN la sala de control del *Rayo*, Richard Balmer permanecía inclinado sobre el tornavoz de un aparato de televisión. Eran en este momento las seis de la mañana (hora de España). El *Rayo*, surcando a una velocidad fantástica el espacio, hallábase a mitad de camino entre la Tierra y Marte.

A esta misma hora, allá, en la Tierra, distante 30 millones de kilómetros, los acontecimientos empezaban a precipitarse. Tres poderosas flotas marcianas, compuesta cada una de ellas por 500.000 aparatos, entraban en colisión con dos millones de aeronaves salidas de la Tierra al encuentro del enemigo. Detrás del millón y medio de cruceros de combate marcianos, 600.000 platillos volantes y 200.000 transportes de tropas aguardaban desde prudencial distancia que el espacio estuviera despejado para dejarse caer como aves de presa sobre los continentes terrestres.

Teniendo en cuenta que el *Rayo* habíase cruzado poco antes con otra flota “thorbod” integrada por un millón aproximado de aeronaves en ruta hacia la Tierra, y que una escuadra de 500.000 unidades estaba acosando Venus, la potencialidad aérea marciana resultaba mayor de lo que calculaban los peritos de la Tierra.

En número de astronaves, la Tierra y Marte parecían iguales. Pero este equilibrio de fuerzas era más ilusorio que real. La técnica terrestre jamás pudo sobrepujar a la marciana. Los aparatos “thorbod” eran más rápidos y ágiles que los terrestres. Sus proyectores de Rayos Z tenían un alcance mayor que los construidos en la Tierra, y esta ventaja era un factor decisivo.

En estas batallas, el factor hombre quedaba totalmente

descartado. Los aviones se movían a velocidades demasiado grandes, y los combates se desenvolvían con excesiva rapidez para que el cerebro y los músculos humanos pudieran reaccionar en las fracciones de segundo, que muchas veces decidían el triunfo o la derrota de una escuadra sideral. Una moderna batalla podía compararse a una reñida partida de ajedrez, sobre un terreno tridimensional que abarcaba decenas de miles de kilómetros, disputada por cerebros electrónicos.

Ya en el siglo XX existían en la Tierra máquinas "pensantes" que jugaban al ajedrez venciendo a los mejores campeones humanos. Cuando dos de estas máquinas "pensantes" eran puestas frente a frente, ganaba siempre la que había empezado a jugar moviendo la primera pieza.

En estas apocalípticas batallas aéreas del siglo XXV venía a ocurrir una cosa parecida. Vencía la mejor técnica. Dos escuadras compuestas por aparatos del mismo modelo y en igual número, eran teóricamente invencibles entre sí. Si se les ordenaba pelear saldría victoriosa la que disparara el primer cañonazo y derribara al primer contendiente. Pero cuando las escuadras contendientes eran de distinta clase y se rompía el equilibrio de fuerzas, las cosas ocurrían de distinta forma. A igual técnica, vencía el más numeroso. Y cuando la técnica y el número estaban a favor de uno de los bandos, entonces podía darse por seguro que la victoria sería para el primero de ellos.

Esta vez, la técnica parecía del lado de los marcianos. Los aparatos marcianos no sólo eran mejores, sino que tenían de su parte una gran ventaja. Todos respondían a las mismas características, mientras que las escuadras terrestres diferían entre sí en detalles pequeños, pero de enorme importancia. La Policía Sideral sólo llevaba dos años formada. Hasta entonces, cada nación había construido su modelo especial de aparatos, de forma que al juntarlos para que pelearan unidos contra los "thorbod", dejaban mucho que desear en cuanto a "compenetración", velocidad y obediencia a un mando unificado.

Durante una larga hora, Miguel Ángel Aznar estuvo pendiente del aparato de radio, siguiendo con el corazón en un puño las incidencias de la batalla que se reñía a una distancia cada vez mayor del *Rayo*. En la primera refriega, los aparatos marcianos

abrieron una profunda brecha en las formaciones terrestres, envolvieron a toda un ala y la liquidaron en un abrir y cerrar de ojos. La maniobra era un vivo exponente de la audacia y astucia “thorbod”, a la vez que una deplorable muestra de la falta de cohesión entre las escuadras terrestres.

Un presentimiento atroz se clavó en el alma de Miguel Ángel. Sus ojos, llenos de angustia, se clavaron en los de Richard Balmer. Este era un fornido norteamericano de carácter optimista.

—Las cosas no andan muy derechas por la Tierra, ¿verdad? —murmuró Richard—. Bueno, no debemos desanimarnos. Todavía faltan por librar muchas batallas.

—No muchas —repuso Miguel Ángel sombríamente—. Es un mal comienzo. Un tropiezo más serio de lo que parece a simple vista.

Volvió a imperar el silencio en la sala de control. La radio comunicó otra mala noticia. La bestia había arrollado a las escuadras venusinas después de una larga pugna. Tropas “thorbod” estaban desembarcando en Venus contra la oposición de los pocos aviones de caza que les restaban a los venusinos. Los aparatos marcianos estaban bombardeando las principales ciudades. Y habían transcurrido solamente siete horas desde que empezó la batalla.

El almirante volvió a sentir la angustia de un desagradable presentimiento. La Humanidad se hallaba a las mismas puertas de la esclavitud. La bestia arrollaría la oposición terrestre y se erigiría en dueño y señor de todo el sistema planetario solar. Esto era lo que presentía Miguel Ángel, pero se abstuvo de comunicarlo a nadie, ni siquiera a sus más íntimos amigos. La perspectiva era tan espantosa que le sumió por unos largos minutos en el más profundo terror.

Se dijo que era un ave de mal agüero. Aquello no podía ocurrir. Mejor dicho, no debía ocurrir. La bestia dominando a la Tierra significaba el ocaso de la cultura y la civilización cristianas, el fin de la libertad, la opresión más insufrible y la esclavitud más ignominiosa. Y rebelándose contra tan funestos presentimientos se entregó a una furiosa actividad.

El *Rayo* estaba prácticamente encima de Marte y era hora de empezar a preparar el desembarco de las tropas especiales. Marte crecía de tamaño con rapidez. El autoplaneta comenzó a frenar.

Lola Contreras se presentó en la sala de control enfundada en una de aquellas pesadas armaduras contra la radiactividad y el fuego.

—Aquí me tiene usted, excelencia, dispuesta a acompañarle —dijo la muchacha alegremente.

Miguel Ángel la miró en silencio y trató de esbozar una desmayada sonrisa. Su agudeza femenina avisó a Lola que algo había cambiado en la actitud del almirante desde la última vez que le viera. No sospechó siquiera que Miguel Ángel acababa de recibir funestas noticias de la Tierra. Ella, como todos los tripulantes del *Rayo*, seguía creyendo con fe ciega en el triunfo de las armas terrestres. Supuso que el almirante estaba muy ocupado para pensar en ella y procuró pasar desapercibida yendo a hundirse en un rincón, donde no podía estorbar ni irritar la vista del apuesto almirante.

Miguel Ángel, tomando el mando de la aeronave, dictaba secas órdenes a sus ayudantes. Una a cada lado de la enorme sala circular, se veían dos grandes pantallas de televisión. En una de ellas apareció de pronto el planeta Marte, aumentado un número considerable de veces. A continuación, como si el *Rayo* cayera sobre aquel planeta con la velocidad de un cometa, el disco rojizo de Marte fue hinchándose, desbordó el marco de la pantalla y en adelante no fue ya un disco color rojo lo que se vio en el cristal deslustrado, sino un pedazo del mismo Marte que alguien parecía estirar en todos sentidos haciendo que surgieran con creciente claridad los canales, las montañas y el relieve del planeta.

Lola comprendió que no era el *Rayo* quien se aproximaba a Marte con tan terrible velocidad, sino la imagen del planeta la que se acercaba a la pantalla de televisión a través de las lentes de un potente telescopio electrónico.

De pronto surgió de la neblina roja del planeta guerrero una formidable flota marciana de grandes cruceros de combate. El telescopio acortó más la distancia, dando la falsa impresión de que eran los cruceros "thorbod" quienes volaban hacia aquí a fantástica velocidad. Parecíale a Lola que estaba asomada a un gran ventanal, que tenía a los aparatos marcianos a simple vista y que éstos iban a colarse por la ventana abierta irrumpiendo en la sala de control. Los cruceros enemigos llegaron a estar tan cerca que pudo leerse con toda claridad los signos "thorbod" pintados en negro sobre sus

fuselajes rojos.

Inesperadamente, como si la flota “thorbod” hubiera dado marcha atrás, los aparatos volvieron a empequeñecerse hasta quedar reducidos a unos pequeños puntos brillantes a la luz del Sol. Era que el telescopio había eliminado varios aumentos para lograr una mayor perspectiva de la Flota enemiga. Ésta era tan numerosa que no cabía en toda la pantalla. El contador automático del *Rayo* fijó la distancia a que se encontraba el enemigo y su número: 20.000.

Temió Lola que el *Rayo* no pudiera traspasar aquella movible barrera de aviones. Esperó ver al autoplaneta desviándose de un lado u otro para eludir el encuentro de la flota marciana. Pero ocurrió todo lo contrario.

—¡Atmósfera a cien millas! —ordenó el almirante con voz tranquila. Y el *Rayo* siguió su meteórica marcha contra la flota “thorbod”.

Lola Contreras recordó entonces algo que había oído decir y tenía olvidado. El *Rayo* era una aeronave del espacio, construida para volar de un planeta a otro con velocidades iguales a las de la aceleración de la gravedad y sus constructores habían tomado todas las medidas oportunas para defenderle de los “escollos del espacio”.

Los astronautas llamaban “escollos del espacio” a los millares de corpúsculos que andaban errabundos por el vacío interplanetario. Estos corpúsculos eran las “estrellas fugaces”, que al entrar en la atmósfera terrestre, sólo por el roce con el aire y dada su gran velocidad, se ponían incandescentes, acabando por volatilizarse. En general, eran muy pequeños, pero los había de mayor tamaño.

Un choque en pleno vacío cósmico con uno de estos vagabundos significaba el irremisible fin de la nave interplanetaria. Para evitar su destrucción, el *Rayo* se envolvía durante sus viajes por el espacio en una atmósfera artificial, cuyos átomos fabricaba y emitía el propio autoplaneta. Sus resultados eran idénticos a los de la envoltura gaseosa de los auténticos planetas dotados de atmósfera. Esta “atmósfera” precedía al *Rayo* un centenar de millas. Si algún bólido entraba en contacto con esta “atmósfera” se ponía incandescente por efectos de la violenta frotación y acababa convertido en cenizas.

En estos momentos, al arremeter contra la flota “thorbod”, el

Rayo lanzó su “atmósfera” cien millas por delante y en torno a sí. Con el tremendo impulso que llevaba, el autoplaneta estuvo en unos breves minutos encima de la escuadra marciana. Los cruceros “thorbod” asaetaron al *Rayo* con sus largos dardos de fuego, pero ellos no podían fundir la sólida envoltura del autoplaneta en los breves segundos que lo tuvieron a su alcance. El *Rayo* cargó violentamente contra la flota enemiga y horadó limpiamente la movible barrera de máquinas, incendiando a su paso todas las que tenía por delante.

Fue como un cuchillo atravesando una barra de mantequilla. Los asombrados cruceros marcianos quedaron atrás, virando en redondo y tratando inútilmente de dar alcance al *Rayo*. Pero la aeronave de Miguel Ángel les venció en la carrera, pasó como un bólido junto a Deimos, la más distante de las dos lunas de Marte y lanzó al espacio sus 40 destructores y sus 200 “zapatillas voladoras”. Los veloces aviones salieron al encuentro de la flotilla de 10.000 aviones patrulleros “thorbod” que venía contra el *Rayo*. Los proyectores de Rayos Z del autoplaneta, que tenían un alcance enorme y una potencia desconocida incluso en las grandes baterías de esta clase establecidas en tierra firme, y alimentadas por poderosas pilas atómicas, jugaron a su capricho con los patrulleros marcianos, derribándoles en haces sobre Marte.

Lola Contreras no pudo seguir las incidencias de la lucha. El almirante habíase enfundado en su coraza de acero, y dando algunas instrucciones a sus amigos sobre lo que deberían hacer, salió a toda prisa de la sala de control hacia el piso superior. Lola echó tras él, alcanzándole en el momento en que se disponía a tomar el ascensor.

—Me había olvidado de usted —dijo Miguel Ángel mientras la jaula salía disparada hacia arriba—. ¿Continúa empeñada en venir?

—Desde luego. ¿No habrá cambiado de pensamiento?

—Puede acompañarnos si lo prefiere, pero estaría más segura quedándose en el *Rayo*.

El ascensor se detuvo. Salieron a la anchurosa plaza repleta de soldados. La tropa no podía ver cuanto estaba ocurriendo a su alrededor porque las paredes del autoplaneta eran opacas; pero, intuyendo la proximidad de Marte y habiendo visto salir a los destructores, mostrábase excitada y bulliciosa. Un circuito de

potentes altavoces difundió por la nave la voz de George Paiton:

—¡Atención, ejército! ¡Prepárense para desembarcar!

Hízose más ensordecedor el zumbido de las conversaciones. Diez mil hombres, acoplándose sobre los hombros sus escafandras de hierro, promovieron un estrépito formidable. No sólo la plaza estaba repleta de soldados, sino también los cuatro rascacielos. Desde las ventanas de estos edificios se asomaban miles de cabezas.

Abriéndose paso a codazos por entre la multitud, Miguel Ángel y Lola Contreras cruzaron la plaza y llegaron frente a una de las cuatro compuertas que daban sobre el anillo ecuatorial del *Rayo*. En posición de salir en cuanto se abrieran las compuertas, se veían dos enormes cilindros de proa y popa planas. Estos aparatos descansaban sobre unas ruedas escamoteares y ofrecían la particularidad de no presentar la menor ventana ni ranura. En la cabeza llevaban un disco giratorio cubierto de pequeñas púas, y a popa una enorme hélice de cuatro robustas y anchas palas, protegidas por una especie de enrejado. Por último, sobresaliendo del dorso del cilindro, hacia popa, se apreciaba un gran timón de dirección.

Una fila de soldados, vestidos de hierro, armados de ametralladoras atómicas y pistolas eléctricas, ascendían a estos artefactos por una angosta portezuela circular, de considerable espesor. La tropa cedió el paso a Lola y Miguel Ángel y estos se introdujeron en el cilindro.

Interiormente, el espacio libre disponible era más reducido que la longitud total del cilindro. No se veían bancos ni cosa alguna donde los tripulantes pudieran tomar asiento. Los constructores habían sacrificado hasta la más elemental comodidad para dar mayor cabida al cilindro. Únicamente a proa se veía un banco para los pilotos. Estos eran dos jóvenes de raza azul, como casi toda la tripulación permanente del *Rayo*. Lola y Miguel Ángel fueron a situarse de pie tras los pilotos, mientras los soldados de las tropas especiales continuaban subiendo, llenando rápidamente la cabina.

Cuando no fue posible admitir un sólo soldado más, la puerta fue cerrada automáticamente por los pilotos. Se encendieron unas débiles luces rojas. Los 200 tripulantes del artefacto quedaron completamente aislados del exterior, sin que ni un átomo de aire ni el menor ruido penetrara hasta allí dentro.

—¡Atención, torpedos! —llamó una voz—. ¡Preparados! ¡Se abren las compuertas!

La pantalla de televisión que los pilotos tenían enfrente, se iluminó, apareciendo en el cristal deslustrado la sólida compuerta del *Rayo*. El efecto era el mismo que si estuvieran mirando por una ventana. De pronto, las compuertas del autoplaneta se abrieron.

—¡Adelante!

El torpedo se deslizó suavemente sobre sus ruedas. Alguien le empujaba desde fuera introduciéndolo en la cámara neumática. Una compuerta se cerró tras la popa del torpedo y otra se abrió ante él.

—Estamos a unos doce mil metros de altura sobre la superficie de Marte —explicó Miguel Ángel—. Aquí todavía no existe aire respirable.

La enorme hélice del torpedo empezó a girar, sometiendo a la estructura metálica a una notable vibración. El torpedo rodó por el piso de la cámara neumática, se lanzó sobre el anillo y flotó en el aire. Como estaba construido con "dedona", el mineral que rechazaba la fuerza de la gravedad, el torpedo subterrestre era, a la vez, un aparato aéreo. Este avión era muy poco maniobrero y lento en su desplazamiento horizontal. Hubiera sido una presa fácil para la caza "thorbod", a no ser porque a su alrededor evolucionaban las "zapatillas voladoras" del *Rayo*, cuya misión era protegerlos hasta llegar a tierra.

A su vez, el propio *Rayo* iba descendiendo también, pero librando una descomunal batalla contra las escuadrillas marcianas y las baterías antiaéreas situadas sobre la costra del planeta. El *Rayo* lanzó varias andanadas de proyectiles dirigidos cargados de explosivos atómicos. Estos proyectiles, dotados de unas cortas alas y de una velocidad fantástica, descendieron como rayos sobre Marte y buscaron por sí mismos los objetivos que se les había señalado. La misión del *Rayo* en estos momentos difíciles era atraer sobre sí toda la atención de la bestia, mientras los seis "torpedos subterrestres" descendían sobre Marte.

La bestia, sin embargo, no perdió totalmente de vista a esta media docena de extraños aparatos. Una nube de cazas envolvía a la menguada formación, asaetándola con sus dardos de fuego y disparándole pequeños proyectiles dirigidos. Las "zapatillas", llamadas así por su remota semejanza con unas chinelas planas,

peleaban abatiendo aparatos “thorbod” a diestra y siniestra. Apenas si se les veía pasar como una ráfaga de fuego por la pantalla de televisión del torpedo que ocupaba el almirante. Estas “zapatillas” iban tripuladas por pilotos “robots”, máquinas autómatas de perfil humano que Miguel Ángel había traído consigo desde el misterioso planeta Ragol.

A su vez, los destructores siderales de la flotilla del *Rayo* giraban en torno a los torpedos impidiendo que los proyectiles dirigidos marcianos tocaran a las torpes máquinas o a ellos mismos. Como todo esto ocurría en unos breves minutos, mientras las máquinas se dejaban vencer por la fuerza de atracción de Marte y los aviones peleaban con furia demoníaca, la batalla debía ofrecer de lejos el aspecto de un loco torbellino aéreo girando y girando vertiginosamente como una enorme espiral que se enroscara en el aire y fuera a clavarse, finalmente, en el suelo del planeta.

Los incidentes sucedíanse con tal rapidez que la vista humana no podía seguirlos en su total desarrollo. Las máquinas “pensantes” actuaban por su cuenta, ofreciendo al final sus resultados netos. Antes de que comprendiera una centésima parte de lo ocurrido a su alrededor, Lola Contreras se veía cayendo entre los brazos del almirante. El torpedo acababa de entrar en contacto con el suelo de Marte y todos los tripulantes fueron violentamente zarandeados, hacinándolos en un montón de carne palpitante y crujiente hierro.

—¡Sin novedad! ¡Estamos en Marte! —gritaron los pilotos alborozados.

No había tiempo que perder. Sobre las seis máquinas perforadoras, los destructores, las “zapatillas” y el mismo *Rayo* proseguían la batalla. Los torpedos debían internarse enseguida en el subsuelo de Marte.

El torpedo del almirante se levantó de popa y clavó su proa en el suelo. Las ruedas y el timón dorsal habíanse escamoteado en unas ranuras del fuselaje. El cilindro, envuelto en una enorme nube de polvo, se clavó en el suelo oblicuamente, iniciando su recorrido de varios kilómetros hasta Nemania, capital del imperio “thorbod”.

CAPÍTULO V

EL ASALTO

El torpedo subterrestre progresaba lenta, pero ininterrumpidamente, hacia Nemania. El enorme disco volteante de proa proyectaba un violento chorro de átomos de “dedona”, que en un proceso parecido al chorro de arena utilizado para horadar el vidrio, convertía en sutil polvo la roca y la tierra del subsuelo marciano. Este polvo era empujado hacia atrás, pasaba entre el fuselaje del torpedo y las paredes del túnel por unas hendiduras y era capturado por las robustas palas del ventilador. El ventilador, en sus giros vertiginosos, lo aventaba hacia atrás en forma de huracán impetuoso hasta la superficie del suelo. Nadie podría penetrar por aquel túnel en tanto los torpedos no hubieran llegado a su destino y dejado de soplar hacia atrás. Pero la distancia no era grande.

Al cabo de quince minutos, Miguel Ángel dio orden a los soldados de prepararse para el asalto. En el cuadro de instrumentos, las agujas magnéticas indicaban la proximidad de Nemania.

Lola Contreras dejó que el Almirante atornillara su escafandra. Luego, ella ayudó a Miguel Ángel a adosarse la suya. Vistos así, al fulgor rojizo de la luz interior, aquellos hombres vestidos de hierro parecían seres extraterrestres apretujados en un agujero del infierno. Las paredes metálicas del torpedo irradiaban un espantoso calor. El aire viciado era casi irrespirable. Entre la vibración de la máquina escuchábase el silbido de las válvulas de escape de las 200 escafandras expulsando el aire. Y la monstruosa lombriz de acero continuaba mordiendo el subsuelo, arrastrándose sobre su vientre.

Tras el cristal azulado de su escafandra, los ojos del almirante permanecían clavados en las saetas de los indicadores eléctricos. La

aguja magnética cayó de golpe sobre el cero.

—¡Atención!

El pequeño altavoz situado bajo la mirilla de la escafandra del almirante difundió el aviso por toda la nave. El grito fue recogido por los auriculares que cada hombre tenía adosados a los lados de sus caparazones y los músculos se pusieron en tensión.

Escuchóse un ruido fragoroso, semejante al de una pared de ladrillo desmoronándose con estrépito. En la pantalla del aparato de televisión, ciega hasta este momento, se hizo la luz. La máquina había venido a irrumpir en mitad de una casa “thorbod” y se detuvo en seco. Se abrió la puerta. Las tropas especiales salieron velozmente por el agujero y se escuchó el seco restallar de una pistola eléctrica. Un soldado acababa de matar a un hombre gris, acudido a esta habitación desde otras dependencias de la casa, atraído por el ruido que hizo el torpedo. La bestia quedó de través bajo el dintel de una puerta. Los soldados terrestres saltaron sobre su cuerpo y se dispersaron por el edificio disparando contra cualquier cosa dotada de movimiento.

Miguel Ángel empuñó su pistola eléctrica y saltó fuera de la nave. Lola le siguió llevando su cámara cinematográfica. Echaron a correr saltando sobre el cuerpo de la bestia muerta. Se lanzaron por una escalera hacia abajo, en seguimiento de un grupo de soldados, cruzaron un patio y se vieron en mitad de una de las calles subterráneas de Nemania.

Corrían por todos lados los hombres grises, apelotonándose en los zaguanes de las casas para huir de la explosión de los proyectiles atómicos disparados por las tropas de asalto terrestres: Las ametralladoras tableteaban pestañeando en los rincones en sombras como pupilas que se encendían y apagaban velozmente. Los proyectiles surcaban la calle como chispas de fuego arrastradas por un huracán y al chocar en cualquier obstáculo estallaban con una luz vigorosa y blanca, irradiando un calor abrasador en mitad de una explosión ensordecedora. Estos diminutos proyectiles tenían la fuerza de un obús de 12 pulgadas de los que utilizaba la artillería del siglo XX, y al hacer explosión arrancaban de golpe esquinas enteras de un edificio, abrían enormes boquetes en las paredes del túnel y ensanchaban enormemente las puertas de acceso a los edificios.

Sofocantes nubes de humo invadieron el túnel, obligando a las tropas especiales a recurrir a sus depósitos de oxígeno individuales. Los focos pegados al techo brillaban a través de esta neblina opaca, turbios y rodeados de un halo espectral. Los hombres cobraban un tamaño mayor al moverse entre la humareda, semejando espantables monstruos, algo cabeceantes en sus grotescas armaduras de hierro.

Un coro de sirenas levantaron su largo clamor de quejas. La voz de la ciudad llamaba a sus moradores a las armas. Lola Contreras vio interrumpida su tarea de captar estas imágenes por un brazo vigoroso que tiraba de ella, empujándola hacia el resguardo que ofrecía el zaguán por donde habían salido. Era el almirante.

—Ahora vendrá la reacción “thorbod” —explicó el joven a modo de excusa—. No debe permanecer en mitad de la calle.

Escucháronse potentes explosiones muy lejos de allí.

—Esos deben de ser los restantes “torpedos” que han alcanzado la ciudad por otros puntos —apuntó Miguel Ángel.

—¿Hemos de permanecer aquí? —interrogó Lola.

—Sólo hasta que lleguen nuestras tropas que están avanzando por los túneles que hemos dejado tras nosotros. Reserve su provisión de film para entonces.

—¿Pues qué va a ocurrir?

—Nada agradable, puedo garantizárselo. No hay nada tan violentó y horrible como una lucha dentro de una ciudad, máxime cuando las ciudades son subterráneas. Usted no se habrá visto jamás en una situación semejante, ¿verdad? Le recomiendo mucha prudencia. Desconfíe de todo. No avance sola por una calle ni entre en una habitación sin saber lo que hay dentro. No toque nada, pues puede estar conectado a una granada que la convertirá en pedazos. Si disparan contra usted y no le dan, corra hacia el sitio donde ocurrió la última explosión, pues el que le esté tirando apuntará al lugar donde se encontraba un segundo antes. Y sobre todo, no se entusiasme demasiado cinematografiando lo que ocurre. Es la única forma de que ese film llegue a proyectarse alguna vez… y de que usted pueda verlo.

Lola asintió con profundos movimientos de su grotesca escafandra. Sería prudente. Prometía a su excelencia no apartarse de él, no cometer tonterías ni apasionarse demasiado en la toma de

imágenes sensacionalistas. Una ráfaga de proyectiles aulló a lo largo del túnel, dejando tras sí rastros de fuego, chocando contra las paredes, desencadenando una tormenta de ensordecedores truenos y deslumbrantes relámpagos blancos.

—Esos son los hombres grises —dijo Miguel Ángel—. No se han hecho esperar mucho rato.

Las tropas especiales, agazapadas en los zaguanes, contestaron con otra descarga cerrada que chirrió a lo largo de la calle en sentido inverso. Del cinturón del almirante pendía una pequeña emisora de radio del tamaño de una linterna eléctrica de bolsillo. Con este aparatito, Miguel Ángel estableció contacto con las tropas que venían a marcha forzada por los túneles abiertos por los torpedos subterrestres.

—Dense prisa —les dijo—. Los “thorbod” contraatacan y nuestra situación se hará insostenible sin refuerzos.

El almirante volvió la emisora a su cinturón, empuñó el fusil ametrallador atómico y se puso de rodillas bajo el dintel del portal. Asomando con precaución la cabeza, miró al fondo de la calle. El humo producido por las explosiones era tan espeso que le impidió ver nada. Esto favorecía a la bestia, que podría acercarse a los terrestres protegida por esta neblina opaca.

Comprendiéndolo así, las tropas especiales barrían el túnel en sucesivas descargas, ora hacia arriba, ora hacia abajo de la calle. A la vez, tenían que cuidar de proteger sus espaldas. Los “thorbod” que ocupaban los pisos altos de los “rascasuelos”, pugnaban por bajar al nivel de la calle, abriéndose paso entre las ruinas y cascotes de las escaleras destruidas por los terrestres. De vez en cuando, alguna bestia conseguía introducir entre los escombros el cañón de un fusil y disparar contra los hombres vestidos de hierro que se atrincheraban en los zaguanes.

Los ojos vigilantes de Miguel Ángel, detrás de la mirilla de cristal azulado que contribuía a oscurecer la visión, advirtieron unas figuras borrosas moviéndose entre la neblina, pegadas a la pared.

Apuntó rápidamente y disparó. Una explosión aterradora, una llamarada blanca. En la breve fracción del fogonazo vio como se aplastaban contra la pared, haciéndose pedazos, dos hambres grises que habían avanzado, pese a las descargas terrestres, arrastrándose

pegados a la pared y el suelo.

No eran los únicos que habían conseguido avanzar de esta forma, desafiando los proyectiles terrestres con una audacia que no era nueva en la conducta de estas extrañas criaturas. Saliendo de la neblina, tomando forma corpórea de entre el borrón gris, una turba de bestias se lanzaron al asalto de las posiciones humanas haciendo fuego a quemarropa. Un disparo atómico efectuado a la distancia de seis metros era tan peligroso para el que disparaba como para quien encajaba el proyectil. Sin embargo, con un valor que sobrepujaba el más delirante heroísmo, los hombres grises cayeron sobre los terrestres y dispararon sin vacilación sobre ellos con sus armas atómicas, fuera cual fuere la distancia que les separaba.

Miguel Ángel abandonó el quicio del zaguán y retrocedió hacia lo más hondo del patio, arrastrando consigo a Lola. Una silueta grotesca se destacó sobre el fondo parcialmente iluminado de la calle. Era un hombre gris enfundado en un traje de hierro. Miguel Ángel empujó a Lola, tirándola al suelo, se dejó caer a su vez y disparó desde la posición de tendido. Sobre su cabeza pasó el proyectil atómico dejando un penacho de muerte. La bala fue a estallar contra la jaula del ascensor, que estaba a cuatro metros por detrás de los terrestres. Al mismo tiempo, el proyectil del almirante alcanzaba a la bestia en mitad del pecho y la hacía pedazos. Pero la onda expansiva del proyectil atómico “thorbod” levantó a Miguel Ángel y Lola tres metros sobre el suelo y les lanzó a gran distancia, casi a la misma calle.

Al caer, las armaduras produjeron un ruido de chatarra espantoso. Lola sintió crujir todos sus huesos. Aunque las armaduras estaban forradas interiormente de caucho espumoso, la conmoción fue tan repentina y violenta que dejó a la muchacha medio atontada. El almirante, dando bandazos como un borracho, púsose en pie y fue a levantar a la reportera.

—¿Se hizo daño? —preguntó tirando de ella.

—Siento mis huesos como si hubiera caído desde un quinto piso —aseguró la muchacha, apretándose la parte de coraza que cubría sus riñones.

Escucháronse pasos precipitados que descendían la escalera situada a sus espaldas. Miguel Ángel se volvió, empuñando su ametralladora, pero la volvió a bajar al reconocer a las tropas

especiales. Un coronel, de cuyo cinto pendía una diminuta emisora receptora de radio, saludó al almirante.

—A sus órdenes, excelencia. Ya estamos aquí. Creí que ese túnel no terminaba nunca.

—Bien venido, coronel Prendes. No sabe con cuanta ansiedad le esperaba. ¿Cuántos hombres vienen con usted?

—Todo mi batallón. Mil hombres. Detrás viene el coronel Sumapaz con el primer batallón. Los restantes batallones han venido por los otros pasadizos.

El almirante dio las órdenes oportunas y comenzó el asalto formal a la ciudad de Nemania. Los soldados terrestres se lanzaron arrojadamente a la calle subterránea y avanzaron en apretada línea disparando sus ametralladoras. Por un curioso azar de la guerra, estas tropas acorazadas contra la radiación cósmica, el calor y los golpes, que llevaban al cinto pistolas eléctricas y entre las manos ametralladoras atómicas, que se movían entre gases mortales y pertenecían al superadelantado siglo XXV, adoptaban la formación de los ejércitos de la antigüedad, avanzando codo con codo, formando una muralla con sus cuerpos cubiertos de acero, inconmovibles al fuego del enemigo, llenando los huecos de los caídos inmediatamente que se producían y atronando la lobreguez de aquella vía subterránea con el pisar firme y acompasado de centenares de pies.

La semejanza con los ejércitos antiguos, sin embargo, paraba aquí. Las tropas especiales habían adoptado esta formación por no caber otra en estas circunstancias. Tenían que avanzar, costara lo que costase, y ocupar las plantas bajas de aquellos edificios de un centenar de pisos. Por lo demás, el volumen de fuego de sus armas automáticas era tan formidable que nada ni nadie podía oponerse a su paso. Una línea compacta de ametralladoras tronaba ininterrumpidamente barriendo el enorme túnel con una espesa lluvia de pequeños proyectiles atómicos que desmoronaban paredes, hacían caer grandes moles de cemento de las bóvedas y tendían una crepitante ola de fuego por delante, convirtiendo aquella vía subterránea en un infierno.

El rodillo de acero llegó así hasta una imponente plaza cuyo techo abovedado se alzaba a un centenar de pies sobre las cabezas de los terrestres. Aquí, la muralla se disolvió como por arte de

magia al recibir desde las ventanas de los edificios una lluvia de proyectiles atómicos. Los comandos se lanzaron al asalto de las casas, dando comienzo a una batalla cruenta, febril y obstinada, disputando cada escalón y cada rellano de las escaleras bloqueadas de escombros y cadáveres, cada piso repleto de asechanzas y peligros, cada edificio convertido en ruinas…

Era esta lucha mil veces más terrible de todas cuantas se libraron en las ciudades abiertas al cielo de principios de la era atómica. También las armas eran más terribles. Olas de líquidos en llamas descendían por las escaleras formando cascadas abrasadoras. Mortales gases que corroían la carne formaban espesas nubes por las calles y plazas subterráneas. Bombas de fósforo estallaban dentro de las plantas de los edificios, incendiando cuanto había a su alrededor. Los techos se desplomaban o saltaban bajo el empuje bestial de formidables explosivos. Bóvedas enteras derrumbábanse bloqueando los subterráneos con montañas de rocas y de tierra. La ciudad restallaba y crujía por sus cuatro costados, resquebrajándose como si en sus mismas entrañas hubiera despertado de un sueño de siglos un rugiente volcán.

Los comandos ponían en juego todas las armas de destrucción que una fecunda ciencia puso a su disposición. Gases, líquidos de fuego, bombas que demolían las casas como castillos de naipes o incendiaban todo el aire a su alrededor… todo era lícito. En el alma de aquellas tropas especiales estaba grabado a fuego el recuerdo de 500 millones de seres aniquilados de un sólo golpe en la Luna, unas pocas horas antes.

Una furia demoníaca dominaba a los comandos terrestres. Moviéndose lentamente entre escombros y ruinas, entre llamas y lagos de fuego, borrosos tras las nubes de humo, de polvo y de gases deletéreos o corrosivos, iban saltando de obstáculo en obstáculo, empujando a los ocho millones de habitantes de Nemania hacia la superficie del suelo.

Pero en la superficie de su ciudad enterrada, otro huracán de fuego y metralla esperaba a la bestia, cortándole la retirada. El *Rayo*, tras desembarcar apresuradamente al cuerpo expedicionario, habíase remontado en el espacio situándose sobre Nemania, fuera del alcance de las baterías antiaéreas de la ciudad, sometiéndola a un brutal bombardeo atómico.

Enjambres de platillos volantes, acudidos a toda prisa desde diversos puntos del planeta, atacaban como avispas furiosas al *Rayo*. Este habíase rodeado de su "atmósfera" y ponía en juego sus defensas de Rayos Z. Los platillos volantes que intentaban acercarse al autoplaneta a gran velocidad perecían abrasados por su propia frotación con esta envoltura invisible. Otro tanto ocurría con los proyectiles dirigidos, dotados de gran velocidad. El único sistema de aproximarse al *Rayo* y penetrar aquella envoltura atómica era volando a velocidades inferiores a 3 "mach". Pero a esta velocidad, las baterías del autoplaneta jugaban a su capricho con el enemigo, derribándole envuelto en llamas sobre Nemania.

A su vez, los destructores y cazas del *Rayo* andaban a la greña con los platillos volantes y las defensas de la ciudad. Descendiendo en vuelo rasante, a velocidades que ningún otro avión construido de metales corrientes hubiera podido resistir sin desintegrarse por la frotación con el aire, las "zapatillas voladoras" de Miguel Ángel iban acallando las baterías "thorbod" con el certero fuego de sus cañones lanzacohetes.

La bestia, desalojada de las profundidades de su ciudad por los bravos comandos, caía agavillada en la superficie bajo el violento bombardeo del *Rayo*. Los cadáveres amontonados en las bocas de la ciudad bloqueaban la salida. Cogida entre dos fuegos, la bestia se defendía con ferocidad, oponiendo una resistencia tenaz al avance de los comandos.

Lola Contreras, siempre en pos del almirante, no daba abasto para captar todas las animadas escenas que se ofrecían al objetivo de su cámara cinematográfica. Le parecía estar viviendo una horrible pesadilla, de la que iba a despertar de un momento a otro en el mullido lecho de su apartamento en Madrid, descubriendo con alivio que todo había sido un sueño de su exaltada fantasía y ni siquiera era verdad que la Tierra y Marte estuvieran empeñadas en una cruenta guerra.

Ella y Miguel Ángel, rodeados de un pelotón de comandos vestidos de hierro, seguían a corta distancia el avance lento de las tropas de asalto. Los derrumbamientos de las bóvedas les obligaban a un continuo y violento ejercicio, saltando sobre montones de escombros, eludiendo cables eléctricos esparcidos por el suelo, pasando entre las llamas y hollando cadáveres de bestias y de

terrestres horriblemente destrozados.

En un principio, Lola rehuía poner sus plantas sobre este acolchado de carne blanduzca, de vista repugnante. Luego optó por no fijarse en los muertos, cerrando los ojos ante los cuadros más espeluznantes. Esto era causa de numerosos tropezones y caídas. Miguel Ángel la asió de una de las manos enguantadas y acercó su monstruosa escafandra a la de Lola.

—Me parece que empieza a arrepentirse de haber venido —le dijo el almirante—. Esto es demasiado fuerte para usted.

—Estoy tomando un documental estupendo —dijo ella, eludiendo la respuesta directa—. El documental me hará enfermar, pero me consagrará para siempre como corresponsal de guerra.

—¡Cuidado! —gritó un soldado, propinándoles un tremendo empujón.

Miguel Ángel se dejó caer en el suelo entre dos vigas de acero, arrastrando consigo a Lola. Brilló una llamarada cegadora, acompañada de una formidable detonación. Una lluvia de cascotes cayó sobre los dos jóvenes, sepultándoles entre las dos vigas. Otras detonaciones ensordecedoras restallaron a su alrededor. Su ruido hubiera roto los tímpanos de los terrestres, a no ser porque los sonidos exteriores sólo llegaban hasta sus oídos a través de los auriculares y estos no podían registrar toda la violencia de una explosión atómica.

—“Se acabó —exclamó Lola—. Este es el final.”

Todo había quedado en silencio a su alrededor. Probó a mover piernas y brazos, comprobando que los músculos respondían a sus órdenes mentales.

—¡Quieta! —susurró una voz junto a su auricular—. ¡No haga ruido!

Lola volvió lentamente la cabeza. A través del cristal azulado, en una oscuridad casi total, vio confusamente al almirante. Un débil rayo de luz rojiza, procedente de un incendio, se filtraba por una ranura abierta entre los escombros. Miguel Ángel estaba mirando por este agujero. Volvió la cabeza hacia la corresponsal.

—Han matado a todos nuestros compañeros —susurró—. ¿Dónde está mi ametralladora?

La ametralladora estaba debajo de Lola. La muchacha se incorporó y su escafandra golpeó en los cascotes que les cubrían.

Las dos vigas de acero formaban una angosta oquedad, y en ella estaban los dos terrestres enterrados. Lola miró por la rendija. Vio media docena de hombres grises, enfundados en corazas semejantes a las terrestres, dialogando entre sí. Era un grupo de rezagados que se habían ocultado dejando pasar a las avanzadillas terrestres y ahora surgían a su retaguardia.

—¡Apártese! —ordenó Miguel Ángel a la joven.

Lola retiró la cabeza. Al hacerlo golpeó en la viga de acero. El ruido resultante se le antojó tan formidable como un cañonazo. Vio a una de las bestias volverse con rapidez y mirar hacia allí. Señaló, diciendo algo a sus compañeros, y empuñó su fusil atómico.

—¡Van a disparar!

Miguel Ángel la echó a un lado de un empujón, metió apresuradamente el cañón de su ametralladora por la rendija e hizo fuego.

La ráfaga de Miguel Ángel cogió de lleno a las bestias y las hizo pedazos. A su vez, el único proyectil que consiguieran disparar los hombres grises, dio en la base del montón de escombros y lo dispersó con furia apocalíptica, levantando a los dos terrestres en el aire y dejándoles caer luego desde varios metros de altura.

Quedaron atontados por el golpe, viendo a través de las mirillas azules de sus escafandras los juegos de luz de las llamas sobre el techo. Al cabo de un rato empezaron a moverse, alzándose primero de rodillas, contemplándose mutuamente y poniéndose en pie con lentitud.

—Parece que todavía estamos enteros —murmuró Lola contemplándose a sí misma.

—Déjeme ver si su armadura no tiene ningún agujero —dijo Miguel Ángel acercándose a la muchacha y examinándola de pies a cabeza con detenimiento—. Cualquier pequeño resquicio por donde pudieran penetrar estos gases sería mortal… No. No parece haber sufrido ningún daño, a excepción de unas cuantas abolladuras sin importancia. ¿Quiere pasarme revista ahora a mí?

Lola inspeccionó la armadura del almirante, asegurándose de que continuaba en perfecto estado.

—¿Y mi cámara? —preguntó la corresponsal—. ¿Dónde fue a parar? —Miraron en rededor, sin hallar el menor rastro de ella.

—Sabe Dios dónde habrá ido a parar —farfulló el almirante.

—Pues he de encontrarla, ¡no faltaba más!

—No sea tonta, señorita —dijo Miguel Ángel—. Su cámara estará enterrada bajo esas toneladas de cascotes y no podemos perder tiempo buscándola. ¿Para qué la quiere? Cuando acabe todo esto la gente estará harta de tanta guerra. Y si quiere que le diga la verdad, no creo que se le ofrezca oportunidad de lucirse con su reportaje.

Lola miró fijamente al almirante a través del cristal azulado.

—¡Cómo! ¿Por qué? —preguntó.

La llegada de un grupo de comandos, al mando de un coronel, impidió a Lola exigir explicaciones al almirante. Este accedió a dejar allí a la muchacha con media docena de comandos para que la ayudaran a buscar la cámara y se fue con el coronel.

CAPÍTULO VI

PRESAGIOS DE DERROTA

A las dos de la tarde (hora de España), Nemania estaba en poder de Miguel Ángel Aznar. La lucha proseguía aún, enconada y cruel, por los recónditos subterráneos de la ciudad. Grupos aislados de bestias seguían ofreciendo una resistencia desesperada al amparo de los mil escondites que prestaban los túneles cegados y las montañas de escombros, pero su agresividad no podía salvar a la capital. Esta era un informe montón de ruinas, pudridero de siete millones de habitantes y 4.000 soldados terrestres caídos en el feroz asalto.

Nemania, como población, no tenía ya ningún valor. Pero como cabeza de puente era inapreciable. Miguel Ángel había ordenado volar los grandes túneles que le ponían en comunicación subterránea con otras ciudades inmediatas por tren y autopistas y disponíase a convertir este nauseabundo cementerio en reducto inexpugnable. El prolongado bombardeo atómico del *Rayo* no había conseguido dañar apenas la formidable costra de acero y cemento que protegía a la ciudad por arriba. Los marcianos, que fortificaran tan magníficamente su capital, pretendían destruirla ahora junto con los tenaces enemigos que habíanse alojado en ella.

Una lluvia ininterrumpida de proyectiles dirigidos tronaba sobre Nemania. La bestia, enfurecida, pugnaba por arrancarse aquel aguijón clavado profundamente en su planeta. El sorpresivo ataque terrestre a la ciudad no dio tiempo a los hombres grises para preparar su voladura, y las defensas acumuladas por ellos se revolvían contra sus propios constructores, resistiendo inconmovibles el huracán de fuego que caía sobre ellas.

A 300 metros de profundidad, teniendo sobre su cabeza el continuo trueno del bombardeo "thorbod", el almirante de la Policía Sideral se preparaba para resistir un largo asedio. Una fría cámara acorazada, de la que sólo unos momentos antes habíanse retirado los cadáveres de varios oficiales "thorbod", víctimas de los gases venenosos, le servía de Cuartel General. Las tropas especiales habían traído algunos aparatos de radio y televisión de gran alcance y, gracias a ellos, podía estar en continuo contacto con el *Rayo*.

El autoplaneta, artífice de esta victoria inicial, era el verdadero héroe de la jornada. Había protegido el desembarco del cuerpo expedicionario, fulminó con sus bombas a los habitantes de Nemania, que buscaban un escape por arriba, e infligió a la bestia duras pérdidas, en aviones. Después de combatir furiosamente durante largas horas contra las fuerzas aéreas "thorbod", derribándoles no menos de 18.000 aparatos sin sufrir una sola pérdida, el *Rayo* continuaba "batiendo el cobre", a decir del rudo y bravo Richard Balmer.

El *Rayo*, sobre el cielo de Marte, se comportaba según la forma de un toro bravo, arremetiendo como una furia contra las formaciones "thorbod" allí donde estas eran más densas y dejando tras sí un rastro de destrucción y muerte. Los platillos volantes habían acabado por considerar con más respeto a este coloso invencible y se dedicaban a neutralizar lo mejor posible el impacto de sus proyectiles dirigidos sobre sus ciudades. Haría falta una nueva táctica para vencer a este globo impetuoso, y mientras la buscaban, los "thorbod" veían amenazado su cielo por la presencia de aquella máquina diabólica, insensible a la caricia abrasadora de sus Rayos Z y envuelto en una atmósfera invisible, contra la que se estrellaban todos los proyectiles dirigidos dotados de gran velocidad.

—¡Ah, si tuviéramos solamente una docena de *Rayos*! —exclamaba Richard Balmer por la radio—. ¡Ya les enseñaríamos a estos bichos a no agredir a sus vecinos y permanecer quietecitos en casa!

Desgraciadamente, no existía más que un *Rayo* en todo el Universo. Si la bestia se hubiera retrasado solamente un año en su ataque, la Policía Sideral hubiera podido contar con varios centenares de sus magníficos destructores. Entonces, el ataque

“thorbod” hubiera sido un suicidio para el guerrero Marte. Con más probabilidad, Marte no hubiera intentado siquiera agredir a la Tierra ni arrebatarle su supremacía.

Las cosas así eran distintas. El *Rayo* estaba solo frente a las poderosas escuadras “thorbod” y no podía estar en todos sitios a la vez. Mientras sembraba el desconcierto entre los marcianos, allá en la Tierra y Venus la bestia se anotaba estrepitosos triunfos. El *Rayo*, una vez más, sirvió de intermediario para verter en los oídos del almirante luctuosas nuevas.

—Las cosas andan de coronilla allá por la Tierra, Ángel —informó Richard Balmer desde el *Rayo*—. La primera batalla aérea acabó en un desastre para nuestras fuerzas… y la segunda, también. No comprendo cómo ha podido ocurrir, pero lo cierto es que esos bicharracos color ceniza nos están zurrando de lo lindo en nuestra propia casa. Acabo de hablar con el general Ortiz y me ha dicho que después de perder la mitad de todas sus fuerzas aéreas, éstas se baten a la defensiva… ¡A la defensiva, Ángel, nosotros que nos creíamos los más fuertes hasta hace solamente algunas horas! ¿Qué crees tú que puede significar todo esto?

—Eso sólo puede significar una cosa, Richard. Hemos perdido la supremacía aérea. Esperemos que nuestra presencia en Marte obligue a la bestia a retirar algunas fuerzas de la Tierra y se restablezca el equilibrio. ¿Qué hay de Venus?

—Los hombres grises han desembarcado allí y pelean ahora en el suelo. Dominan por completo el aire… bombardean Anadai y Dahor… Esto es un desastre, muchacho. ¡Un verdadero desastre!

Miguel Ángel hizo una mueca y miró hacia la puerta por donde acababa de entrar Lola Contreras esgrimiendo en el aire, victoriosamente, su cámara cinematográfica.

—¿Y de la escuadra que viene hacia aquí, qué hay? —preguntó el almirante al distante Richard.

—Llegarán dentro de unas horas… si es que no tienen algún tropiezo con los “thorbod”. Yo siempre he dicho que la suerte, como la desgracia, suelen venir a rachas. De manera que…

—Salid al encuentro de esos aviones —cortó el almirante de mal humor—. No pierdas el contacto conmigo ni con la Tierra. Inquiere noticias… necesito saber qué calamidades ocurren por allá.

—¡O. K., jefe! —repuso Richard—. Vamos a buscar esa escuadra

y traerla para acá. Hasta luego. Corto.

Miguel Ángel abandonó el micrófono y se volvió a mirar a Lola.

—¿Encontró su maquinita, al fin? —preguntó tratando de sonreír.

—Sí —afirmó la muchacha—; pero después de lo que usted dijo he perdido todo el entusiasmo por el reportaje. ¿De veras cree que la humanidad va a perder esta guerra?

Miguel Ángel miró en torno. Dos coroneles, al otro extremo de la cámara, dictaban órdenes por radioteléfono a las compañías que todavía peleaban con los “thorbod” por las profundidades y las ruinas de Nemania. Hizo un gesto indicando a Lola que se acercara y cuando la tuvo junto a sí, murmuró:

—No quiero que mis hombres conozcan las reflexiones derrotistas de su jefe, ¿entiende?

Las pupilas de Lola centellearon tras el cristal azul de su escafandra.

—No gritaré, si eso es lo que le asusta —dijo—. Pero quiero saber la verdad de lo que usted piensa. ¡Sólo la verdad! Cuando le hice aquella interviú a bordo del *Rayo*, estaba usted seguro de nuestra victoria. ¿Ha cambiado de parecer en tan poco tiempo?

—En ese tiempo tan corto han ocurrido cosas decisivas, señorita. Por lo demás, en el mismo momento de comenzar esta guerra, aun antes de que la bestia atacara a la Luna, yo sabía que esta guerra no podía ganarla el Mundo. Es más. Siempre supe que si Marte se decidía a atacarnos antes de que pusiéramos en línea nuestros destructores del tipo y características de los del *Rayo*, la humanidad estaba perdida.

Lola Contreras dio un brinco de sobresalto.

—¿Pero por qué? —preguntó rápidamente—. La bestia no parece llevar intenciones de aniquilar a la Tierra, como hizo con la Luna. Sabe que si hiciera eso, Marte sería igualmente arrasado. Usted mismo, según tengo entendido, tiene a bordo de su astronave algunas de esas bombas “W” que podrían acabar ahora mismo con toda la vida existente sobre el planeta Marte.

—No se preocupe —dijo Miguel Ángel con un triste ademán—. Antes de utilizar la bomba “W”, la bestia apurará todos los recursos para invadir la Tierra sin dañar lo más mínimo de su atmósfera. Solamente si se viera rechazada por nuestras armas e imposibilitada

de conquistar nuestro mundo, se decidiría a destruirlo.

Hubo un corto silencio. Tras el cristal azulado de su escafandra, la hermosa faz de Lola había palidecido intensamente.

—¿Quiere decir que la bestia se dispone a invadir la Tierra sin destruirla, pero que si fuera derrotada aniquilaría toda la vida existente sobre ella? —preguntó la joven en un soplo de voz.

—Sí —repuso Miguel Ángel roncamente—. Y también toda la vida existente sobre Venus y el mismo Marte. Si los hombres grises nos vencen en esta guerra se erigirán en dueños del Universo, convirtiéndonos para siempre en sus esclavos. Y si les vencemos, rechazándoles hasta Marte, entonces optarán por el suicidio en masa, arrastrándonos a todos a la perdición. Eso es lo que he creído siempre… ¡y ojalá me equivocara!

Lola Contreras consideró en silencio las palabras de Miguel Ángel. La teoría de éste, según la cual la bestia estaba decidida a vencer o sucumbir, arrastrando consigo en su caída a todo el género humano, era la más tenebrosa y espeluznante de cuantas hasta entonces se habían formado en torno a la futura forma de proceder de aquellas abominables criaturas.

—¡Pero eso es horrible! —exclamó Lola sintiéndose estremecer de frío—. ¡No puede ser! ¡Usted se equivoca! Bestia o persona, el hombre gris tiene raciocinio y, sin género de dudas, también instinto de conservación. ¿Por qué, en caso de derrota, habían de decidirse por el suicidio? ¡Eso carece de sentido!

—Tenga en cuenta, señorita, que la bestia no tolera copartícipes a su alrededor. Esta galaxia ha de ser suya o de nadie. Sabe que si perdiera esta guerra jamás volvería a ofrecérsele la oportunidad de ganar otra. Si los hombres grises son expulsados de los astros que giran en torno al Sol, no se marcharán dejándonos en libertad de disfrutar un futuro venturoso. Antes de emigrar en busca de otro mundo habitable nos arruinarán para siempre, torpedeando estos planetas con bombas “W”, apagando la llama de nuestra existencia. Y ni siquiera obrarán así por malévola venganza, sino respondiendo a los dictados de su sentido común, el cual les advierte que esta humanidad triunfante está predestinada a extenderse por todo el Universo, difundiendo sus inquietudes, su religión y su cultura por los más remotos mundos, hasta que un día, Dios sabe en qué lejana galaxia hombre y bestia vuelvan a tropezarse, reanudando su lucha

por la supremacía universal hasta el total exterminio de una o de ambas razas.

—Entonces… la humanidad… ¡está irremisiblemente perdida! —exclamó la muchacha horrorizada—. ¡No nos queda más opción que la esclavitud o la muerte! ¡Cielos! Siendo así… si nuestra victoria sólo puede acarrearnos la destrucción… ¿para qué luchamos?

—El mundo lucha convencido de que es posible vencer a la bestia, recluyéndola en Marte, desarmándola y quitándole toda nueva oportunidad de hacernos la guerra en lo futuro.

—Pero usted asegura…

—Lo que yo diga carece de valor, señorita. La teoría de que, viéndose derrotada, la bestia arremeterá contra nosotros con sus armas de destrucción en masa, es exclusivamente mía. ¿Entiende?

—Usted debería advertir al Mundo de lo que piensa.

—¿Para qué? Ello no mejoraría la suerte del Mundo. En todo caso, lo único que conseguiría sería restarle acometividad. ¿Quién lucharía con fe y esperanza pensando que, cualquiera que fuese el resultado de la contienda, el desenlace había de ser igualmente desastroso? La humanidad luchará mejor ignorando mis teorías, y a usted y a mí nos queda la esperanza de que yo esté equivocado, que aún sea posible una victoria, que la bestia acceda a negociar una paz, que opte por salir de esta galaxia sin destruirla o de que ocurra un milagro. ¿Quién sabe? Lo único que no puedo hacer es dar a la publicidad mis presentimientos. De todos modos, la posibilidad de una victoria terrestre, y con ella el aniquilamiento de la humanidad, es por momentos más remota. La bestia se apunta resonantes triunfos en todos los frentes. Hemos pasado a la defensiva.

—¡Cielo Santo! ¿Significa eso que perdemos la guerra? —exclamó Lola con terror.

—Significa que nos quedan muy pocas probabilidades de ganarla.

—Entonces… ¿estamos condenados a la esclavitud?

—Quien sabe. Tal vez, si consiguiéramos de la bestia un armisticio… Pero es absurdo asirse a esa esperanza. La bestia, viéndose triunfante, jamás accederá a una tregua. Lo único que podemos hacer es intentarlo… Obligarle a una paz… dejar en tablas esta partida.

—Sí, pero, ¿cómo? —murmuró Lola con voz sollozante.

—¿Cómo? —repitió Miguel Ángel—. Estamos en Marte, ¿no? Hemos conseguido establecer una cabeza de puente. Si la bestia invade la Tierra y nosotros invadimos Marte, quedamos en la misma situación.

El almirante quedó unos momentos en actitud pensativa.

—Sí —murmuró—, es la única solución… Debo consultarlo con nuestro Estado Mayor ahora mismo…

Regresó el almirante junto a la emisora de radio, empuñando el micrófono y movió algunos mandos.

¡Hola, *Rayo*!… ¡Hola, *Rayo*! ¡Aquí Ángel… Ángel llama a *Rayo*!…

—¡Hola, Ángel! ¡Contesta *Rayo*! ¡Richard al habla!

—Necesito ponerme en contacto con el Cuartel General Terrestre, Richard. Ahora mismo.

—¡O. K.! ¡Conecto! ¡*Rayo* al habla… comunica el almirante!

—¡Tierra al habla… Diga!

—Quiero hablar con el general Ortiz o cualquiera de los jefes del Estado Mayor General —exigió Miguel Ángel.

—Un momento —solicitó la distante voz del operador terrestre.

Lola Contreras habíase acercado al almirante y le miraba con ansiedad a través del cristal azul de su escafandra. Siguieron unos minutos de silencio. Finalmente:

—¡Hola, *Rayo*! ¡Cuartel General Terrestre al habla. Comunica su excelencia el general Ortiz, del Estado Mayor General!…

—¡Hola, general! —habló Miguel Ángel—. Le hablo desde Nemania, por intermedio del *Rayo*. Le supongo enterado de que la ciudad está en nuestro poder…

—Sí, sí —apresuróse a decir el general—. Lo sé… lo sé. ¿Qué nuevas novedades hay?

—Ninguna. Por aquí todo sigue igual. Es para inquirir noticias del curso de las operaciones en la Tierra por lo que le llamo.

Hubo una corta pausa. El general carraspeó y dijo:

—Precisamente en estos momentos estamos reunidos… deliberando. El Estado Mayor opina que debe regresar usted a la Tierra. Usted, el *Rayo* y la pequeña fuerza aérea en ruta hacia Marte son más necesarios ahora aquí que en Marte… No podemos explotar su victoria sobre Nemania, y nuestra situación se agrava por instantes. Hemos perdido la flor y nata de nuestras fuerzas aéreas

en dos desastrosas batallas. Nuestras reservas aéreas libran en estos momentos un combate decisivo para impedir el desembarco de los contingentes "thorbod". Procedemos a armar a la guardia territorial. Tal vez todo esto no hubiera sucedido de estar usted aquí, excelencia… No lo sé, y Dios me libre de criticar su táctica; pero lo cierto es que la guerra sigue un curso francamente desfavorable para las armas terrestres y el ataque de usted a Marte no parece haber debilitado lo más mínimo la dureza del ataque "thorbod". Si no ocurre un milagro…

—No ocurrirá ningún milagro, general —interrumpió Miguel Ángel secamente—. Lo único que nos resta por hacer es reconocer francamente que la bestia nos está arrollando y hemos perdido toda posibilidad de ganar esta guerra. Es tarde para hacernos recriminaciones que, de todas formas, no remediarán esta angustiosa situación. Aceptemos lo inevitable y busquemos una fórmula para mitigar el daño.

—Sí… sí… ¿Pero cómo?

—Necesitamos a toda costa arrancar a la bestia un armisticio.

—¡Un armisticio! —exclamó el general Ortiz con acento que denotaba el más profundo asombro—. ¡Cielo santo! ¿Cómo se le ha ocurrido pensar semejante cosa? ¿Negociar una paz vergonzosa cuando todavía no estamos vencidos? ¡Eso es inconcebible!

—Ha de ser antes de estar vencidos cuando hemos de negociar una paz honrosa, porque si la bestia nos ve desfallecer, entonces jamás nos dará opción a una paz.

—No sé… no sé… —tartamudeó el general—. ¡Es todo tan repentino e inesperado!… La opinión pública no está preparada para una solución de esta índole. Someteré la proposición de su excelencia a la deliberación del Estado Mayor y de la Sociedad de las Naciones. La firma de una tregua cae fuera de las atribuciones de esta Asamblea, ya lo sabe usted. ¿No sería mejor que abandonara Marte y viniera a Madrid para tratar directamente el asunto?

—No. No pienso abandonar Marte por ahora. Porque no se lo he dicho todo a usted, excelencia. La bestia jamás accederá a negociar la paz mientras se vea en posición francamente ventajosa. Para arrancarle un armisticio hemos de comprometerle de forma que una tregua sea la única solución para ella y para nosotros. Sólo invadiendo su planeta, mientras ellos invaden el nuestro,

conseguiremos restablecer el equilibrio, y Nemania es hoy por hoy una magnífica cabeza de puente. Someta mi proposición a la opinión del Estado Mayor General y de la Sociedad de las Naciones. Si se deciden por negociar una paz, reúnan todas las escuadras aéreas disponibles y envíenlas a Marte junto con un numeroso ejército. Es más, puedo enviarles al *Rayo* para que embarque otra división de tropas especiales.

—Sí… sí… le comprendo.

—Trasmita todo esto a la Asamblea y, ¡por Dios!, apresúrense en tomar una decisión u otra, antes que sea demasiado tarde para nada. Quedo a la espera de sus noticias. Hasta más tarde.

Miguel Ángel cortó la comunicación y se volvió a mirar a Lola Contreras.

—Bueno —suspiró—. Los señores generales y primeros ministros de la Tierra tienen tema para discutir.

CAPÍTULO VII

CABEZA DE PUENTE

LA fuerza aérea de 50.000 aparatos de bombardeo y caza llegó finalmente a Marte, bajo la custodia del *Rayo*, y con el auxilio de éste y de sus fantásticos destructores y “zapatillas voladoras”, arrolló victoriosamente una escuadra “thorbod” ligeramente superior en número. Esta era la primera victoria que se apuntaban las fuerzas aéreas terrestres desde la iniciación de las hostilidades, y fue recibida con indescriptible júbilo por el ejército expedicionario.

—La bestia —dijo Miguel Ángel a Lola— tendrá que reconocer que este pequeño ejército es digno de tomarse en cuenta y retirará parte de sus escuadras de la Tierra, si no lo hizo todavía.

Animado por este primer triunfo, el almirante se decidió por dar comienzo a las operaciones al margen de lo que pudieran decidir los sesudos generales y jefes de Estado en la Tierra. A tal efecto, envió al *Rayo* contra las bases aéreas marcianas de Babsagh y Thasog y la populosa ciudad de Dumpran, a corta distancia de Nemania.

—“Ataque con torpedos subterrestres” —fue la orden.

El *Rayo*, con sus destructores y todos los bombarderos y cazas venidos de la Tierra, se lanzó al asalto de las bases y la ciudad, dejando sobre Nemania a las “zapatillas” para vigilar los movimientos de un formidable ejército “thorbod” que avanzaba sobre Nemania con el evidente propósito de aniquilar a sus defensores.

El almirante cursó las órdenes oportunas para que los “buques” subterrestres estuvieran preparados y apuntados hacia Dumpran.

—¿Vamos a ir a Dumpran? —interrogó Lola Contreras.

—Sí —repuso el almirante.

—¿Para qué? ¿No ha ordenado que sea destruida esa ciudad?

—Los torpedos, ya puede imaginárselo usted, no dejarán totalmente arrasada la ciudad. Nosotros iremos allá para darle el golpe de gracia. Además, no conviene permanecer mucho tiempo en el mismo sitio. Un formidable ejército “thorbod” viene hacia acá dispuesto a eliminarnos, cueste lo que cueste. Le dejaremos entrar, y entonces volaremos Nemania con todos los tontos que hayan seguido a las escasas fuerzas que vamos a dejar aquí.

—¡Hola, Ángel! —llamó el tornavoz del aparato de radio—. ¡Aquí Richard al habla, a bordo del *Rayo*! Estamos en estos momentos sobre Dumpran… comienza el combate preliminar… ¡Ahora veo venir hacia acá un enjambre de platillos volantes! Parecen muy furiosos los bicharracos… nuestros cazas se lanzan sobre ellos… ¡Muy bien, muchachos! Se nota que estos aviones nuestros son del último modelo, pues no tienen apenas nada que envidiar a los mejores “thorbod”… Allá van nuestros bravos destructores hacia la ciudad mientras los cazas entretienen a los platillos… El *Rayo* desciende y pone en juego sus proyectores de Rayos Z… Veo caer agavillados a los “bichos”… ¡Ah, si tuviéramos unos cuantos *Rayos*! ¡Atención! Los destructores que llevan los torpedos se lanzan en vuelo rasante sobre los alrededores de Dumpran… ¡Bien; han soltado sus sanguijuelas… buen provecho, hombrecitos grises! ¡Carape! Veo caer unos cuantos cazas iberos… acude el *Rayo* a lo más empecinado de la refriega… pasa como un huracán por lo más denso de la formación… incendia a diestra y siniestra platillos volantes… ¡Ahí van los torpedos subterrestres!

Una formidable conmoción sacudió el suelo como un terremoto. Los ocupantes del subterráneo se tambalearon mirándose con cierto temor a los ojos. El tornavoz de la radio dejó de oír una sonora carcajada de Richard Balmer.

—¡Aúpa! La costra que protege a Dumpran por arriba salta a pedazos en el aire… suben muy altos los caparazones de acero y moles de cemento que pesan incalculables toneladas… ¡Otro!

Un segundo temblor de tierra sacudió el piso bajo los pies de Lola Contreras. Inmediatamente se produjo un tercer terremoto. Algo cedió bajo el suelo de acero de la cámara acorazada. Las planchas se resquebrajaron y un chorro de polvo cayó sobre los aparatos de radio.

—¡A eso llamo yo trabajar bien! —aulló Richard Balmer por el altavoz—. ¡Cristo, y qué destrozo! Una imponente columna de humo brota de la ciudad. En su base veo estallar varias explosiones más pequeñas… la nube sube y sube, oscureciendo el sol… Nuestros destructores vuelven a descender sobre Dumpran… atraviesan la gigantesca seta atómica y sueltan una rociada de bombas… gases venenosos para los conmocionados habitantes de Dumpran… ¡Buen provecho, bichos!

—Escucha, Richard —llamó Miguel Ángel asiendo el micrófono —. Corto la comunicación por ahora. Vamos a abandonar todo esto y a marchar hacia Dumpran. Hasta más tarde. No dejes de permanecer en contacto con la Tierra, pues espero la respuesta de los señores generales.

—¡O. K., Ángel! ¡Corto!

Miguel Ángel hizo una seña a Lola para que le siguiera y abandonó la cámara para trasladarse apresuradamente al lugar donde aguardaban los vehículos subterrestres. Antes de introducirse en el aparato, el almirante dio algunas instrucciones a los coroneles.

—En cuanto les comuniquemos por radio que hemos entrado en Dumpran, avanzarán ustedes por los túneles abiertos por los aparatos, dejando aquí un millar de hombres. Usted, coronel Lis, tomará el mando de esta fuerza de retaguardia, con la que opondrá una resistencia bastante tenaz a los “thorbod”. Les hará creer que nuestras fuerzas han sido muy mermadas por el asalto y se retirará en dirección a los túneles que comunicarán con Dumpran. Antes de introducirse en estos túneles dispondrá la explosión de las bombas atómicas para que hagan volar toda la ciudad y las bestias que hayan entrado en ella. Respecto a las fuerzas que van a tomar parte en el asalto de Dumpran, les recomiendo una menor fogosidad. Allí tendremos poco por hacer después del bombardeo del *Rayo* con explosivos y gases, y no podemos sufrir considerables mermas en nuestro ya pequeño contingente. Eso es todo.

El almirante se introdujo en el vehículo subterrestre en pos de Lola Contreras, la puerta fue cerrada y la extraña máquina se puso en movimiento clavando la proa en un muro para dar comienzo a su largo buceo subterrestre hasta Dumpran.

Lola volvía a empuñar su cámara cinematográfica, si bien en estos instantes distaba mucho de sentir el entusiasmo de hacía unas

horas, cuando se encaminaban hacia Nemania. En su pensamiento habíase verificado un cambio total. La persuasión del almirante de que esta guerra estaba irremisiblemente perdida para los terrestres, habíale afectado profundamente, transformando de arriba abajo todos sus sentimientos.

Era la única habitante del planeta Tierra que conocía los más recónditos pensamientos de Miguel Ángel Aznar. Esto le enorgullecía y, al mismo tiempo, le causaba una honda amargura. Ella, como todos los humanos, había vivido hasta ahora con la falsa creencia de que la Tierra era el mundo más poderoso de aquella galaxia. Desde tiempos remotos habíase dado por irremediable un violento choque de la humanidad con la bestia, y habiendo salido victoriosa e incólume de tantos peligros, la humanidad confiaba ciegamente en el triunfo final de los hijos de Adán. Y ahora, tras haber acariciado durante siglos la ilusión de que el hombre reinaría sin discusión sobre todos los planetas que giraban en torno al Sol, surgía el espectro de la derrota, la amenaza de una insoportable esclavitud, la certeza de que una vez la bestia pusiera su planta sobre la garganta de la humanidad, ésta jamás volvería a levantar la cabeza para mirar al cielo y a las distantes estrellas que había de conquistar. Si la Humanidad caía sobre el polvo, jamás recobraría su libertad.

El vehículo subterrestre, mordiendo las entrañas de Marte, avanzaba trepidando hacia Dumpran. Los pensamientos de Lola Contreras volaban ahora hacia Madrid y los familiares que tenía en aquella ciudad. Procuraba adivinar cómo sería la vida en la Tierra después que la bestia se hubiera posesionado de ella como dueña y señora. Trataba de imaginar a una humanidad sojuzgada por la criatura más cruel e inhumana de la creación. Dios, que lo había creado todo, había puesto, sin duda, a estas bestias en el camino de los hombres para arrancarles de su actual indiferencia y obligarles a volver a sus oraciones hacia Él. Durante siglos, teniendo todo lo necesario para hacer de su privilegiado mundo un paraíso terrenal, la humanidad habíase dedicado a luchar entre sí, litigando por nimiedades, convirtiendo la fértil Tierra en un eterno campo de batalla, mientras en el rojo y siniestro Marte, el más mortal enemigo de la humanidad, laboraba en silencio preparando la fosa donde había de enterrar todo el orgullo, toda la soberbia, toda la

estupidez y la ceguera de un mundo mimado por los imponderables dones de la Creación.

Las amargas reflexiones de Lola se vieron interrumpidas por un grito de Miguel Ángel Aznar:

—¡Atención! ¡Prepárense para desembarcar!

Las agujas magnéticas del cuadro de indicadores movíanse con rapidez.

—¡Ahora!

Un espantoso crujido. El vehículo subterrestre había llegado a Dumpran. Se abrió violentamente la portezuela y los comandos empezaron a salir con sus ametralladoras atómicas disparando por delante. La máquina había venido a salir en una de las espaciosas rúas subterráneas de la populosa ciudad. Toda esta calle abierta en las entrañas de Marte estaba anegada por medio metro de agua. Las bombas del *Rayo* debían haber cortado las cañerías del suministro de agua y todo el fondo de la capital era un lago.

Lola saltó a la calle detrás del almirante, chapoteando al avanzar en pos de los comandos hacia la entrada de un edificio. Una simple mirada en rededor bastó para darle una idea aproximada de cuál había sido el efecto de los torpedos atómicos disparados por los destructores del *Rayo*. Grandes grietas en las paredes del túnel y profusos derrumbamientos de las bóvedas indicaban la brutal conmoción sufrida por Dumpran. Espesas nubes de gases deletéreos se arrastraban sobre las oscuras aguas. Aquí y allá veíase flotar numerosos cadáveres de bestias con los grandes ojos desorbitados en el espasmo de una horrible agonía. Brotaban numerosos incendios, producidos por los circuitos eléctricos. Las luces estaban apagadas, pero un pálido resplandor bajaba hasta estas lóbregas cavernosidades por grandes grietas abiertas por el bestial impulso de las explosiones en los techos. No muy lejos de donde vino a detenerse el vehículo subterrestre, todo un "rascasuelos" había volado, formando un pozo de 250 metros de profundidad. Mirando hacia arriba por esta monstruosa chimenea se veían grandes moles de cemento balanceándose milagrosamente colgando de robustas varillas de hierro, vigas saledizas retorcidas inverosímilmente y cristalinos chorros de agua, procedentes de las cañerías seccionadas, que bajaban en forma de caprichosas cascadas para aumentar el caudal de las calles, convertidas en corrientes subterráneas.

Poco les quedaba por hacer a las tropas especiales en esta ciudad sacudida desde sus cimientos por el ímpetu bestial de terroríficos explosivos y envenenada por las turbias nubes de gases que vinieron a completar la obra destructora. Un silencio de tumba, sólo interrumpido por el medroso crepitar de los incendios, deslizábase por los sombríos pasadizos entre el gorgotear del agua.

Como en Nemania, los comandos fueron a guarecerse en un zaguán, cerca del túnel abierto por el vehículo subterrestre. A cierta distancia sonó el estampido de un fusil atómico. La detonación retumbó fraccionándose en cien ecos profundos. Escuchóse el rumor de piedras deslizándose hacia abajo. Atraídos por los disparos de los comandos, un grupo de bestias vino deslizándose con precaución por el fondo de la calle. Todos ellos iban vestidos con corazas de hierro. Al ver la extraña máquina sobre las aguas en mitad del túnel, dispararon contra ella con sus fusiles atómicos.

—Déjenles venir —cuchicheó Miguel Ángel a sus hombres—. Creo conocer un poco a estas extrañas criaturas. Nunca han visto una máquina como la nuestra y esto debe excitar su natural curiosidad como todo producto de la técnica. Todo es cuestión de paciencia y ver quién tiene los nervios mejor templados.

Los hombres grises vacilaron antes de decidirse a avanzar. Se les oyó cuchichear entre sí, señalando varias veces a la máquina, que atraída poderosamente su curiosidad. Finalmente, empezaron a moverse.

Lo hacían muy despacio, mirando a derecha e izquierda antes de avanzar cada paso. Mientras tanto, en otras partes de la ciudad crepitaban las ametralladoras atómicas, llenando los subterráneos de sonoros ecos. Los nervios terrestres comenzaron a tensarse. Habían acudido otros hombres grises, cubiertos con sus escafandras protectoras contra los gases y la mortal radiación de que estaba impregnada toda la ciudad. Cuando estaban a corta distancia, los comandos surgieron velozmente de su refugio y comenzaron a disparar, llenando todo el túnel de fragorosas explosiones. La bóveda se derrumbó sobre los hombres grises y los comandos corrieron a tomar posiciones sobre lo alto de la montaña de escombros, disparando desde allí sobre las bestias que habían quedado al otro lado de la providencial barricada.

Durante una hora, mientras llegaba el grueso de la tropa que

avanzaba por el pasadizo que abriera el vehículo subterrestre, los comandos estuvieron tiroteándose con los “thorbod”, sufriendo buen número de bajas. Cuando, finalmente, llegaron las tropas especiales por el túnel, los hombres grises fueron rechazados hacia las salidas superiores de la ciudad.

Con el grueso de las tropas llegaron también los aparatos de radio. Miguel Ángel pudo al fin establecer contacto con Richard Balmer, a bordo del *Rayo*.

—Sí —dijo Richard—. Hay noticias de la Tierra. Nuestras fuerzas aéreas han sido casi totalmente destruidas y la bestia está desembarcando importantes contingentes en varios puntos del Globo. Es la ruina total, Ángel. Nunca creí que llegara a suceder una catástrofe como ésta.

—Pero el Estado Mayor… ¿No hay ningún recado para mí?

—Espera un momento. El general Ortiz quiere hablarte.

Mientras esperaba a la escucha, Miguel Ángel cruzó una mirada de angustia con Lola Contreras. La muchacha iba a abrir la boca para decir algo cuando sonó la voz del general Ortiz.

—¡Hola, *Rayo*! Aquí el general. Ortiz… Hola, almirante…

—El almirante al habla, general —dijo Miguel Ángel—. Creía que no iba a saber de ustedes nunca. El Estado Mayor ha tenido tiempo de sobra para deliberar. ¿Qué responde a mi proposición?

—Pues… —el general Ortiz carraspeó—. Verá usted, Aznar. Su proposición ha sido muy mal acogida por los Estados Unidos de Europa, por la Unión Africana y… en fin. Bastará que le diga que solamente la Federación Ibérica y los Estados Unidos de Norteamérica le hemos apoyado. Los demás han tachado de absurdo y… estúpido su plan de llevar la guerra a Marte. Desde luego, los acontecimientos se han precipitado de forma tal que ya es tarde para enviar un numeroso cuerpo expedicionario a Marte. La puesta en práctica del plan de usted requiere algún tiempo y nuestra situación es tan comprometida que no admite espera.

—Lo que ocurre es que el pánico ha cundido incluso entre nuestros dignos generales —acusó Miguel Ángel secamente—. Aunque la bestia haya barrido del cielo nuestras fuerzas aéreas y esté invadiendo el Mundo, tardará todavía mucho en apoderarse de todas nuestras ciudades y aniquilar nuestros ejércitos. Las ciudades de la Tierra fueron construidas con vistas a resistir un largo asedio y

soportarán los bombardeos y asaltos “thorbod” durante mucho más tiempo del que yo necesito para apoderarme de medio centenar de ciudades marcianas.

Hubo una corta pausa. Finalmente:

—Sí —dijo el general Ortiz—. Por una vez más tiene usted toda la razón, almirante. El pánico más profundo ha prendido en la Humanidad contagiándose incluso a los que hace solamente unas horas estaban firmemente convencidos de que ganaríamos esta guerra. El aniquilamiento fulminante de la Luna, la invasión de Venus por los “thorbod” y tres grandes batallas perdidas en el aire han bastado para conmover hasta los cimientos la opinión pública. Cuanto usted me llamó, hace solamente dos horas, la Humanidad confiaba todavía en rechazar a la bestia. Ahora, la Sociedad de las Naciones está redactando un largo documento donde se propone a la bestia un cese de hostilidades.

—¡Eso es una locura! ¡Una proposición de armisticio en estos momentos sólo servirá para que la bestia conozca nuestra flaqueza! ¡Jamás accederá a pactar una paz sabiéndose a dos pasos de la victoria absoluta!

—Sin embargo —dijo Ortiz con acento amargo—, el documento será presentado dentro de una hora a los hombres grises.

—Muy bien, adelante —rugió el joven—. ¡Sigan perdiendo tiempo! ¡Tal vez, cuando la bestia rechace toda negociación y no les quede más alternativa que rendirse incondicionalmente, vengan a asirse a mi plan primitivo como a la única tabla de salvación!

El general carraspeó.

—Respecto a eso… he de comunicarle otra mala noticia, amigo mío. El Estado Mayor General, con la aprobación de la Sociedad de las Naciones, le ha destituido a usted como almirante de la Policía Sideral y le ordena regresar inmediatamente a Madrid con todos los efectivos aéreos y humanos de su Cuerpo Expedicionario.

Lola Contreras dejó escapar una ahogada exclamación de asombro. La voz del general Ortiz siguió diciendo:

—No sabe cuánto pesar me causa tener que darle esta deplorable noticia, amigo mío. Le suplico que no nos juzgue precipitadamente, al menos a sus compatriotas españoles. La Federación Ibérica y sus representantes en la Sociedad de las Naciones le ha defendido con valor digno de elogio, pero una mayoría de votos en contra nos ha

vencido. La Federación Ibérica amenazó incluso con separarse de la Sociedad de las Naciones y la Policía Sideral, pero ya comprenderá usted que no podemos hacer esto, precisamente cuando una escisión en la unión mundial precipitaría nuestra ruina. Por no dar la campanada y que no se nos tache de ruines, hemos tenido que aceptar el veredicto de la Asamblea y el nombramiento en su lugar del general Limoges.

—Lo comprendo perfectamente, excelencia —aseguró Miguel Ángel con voz clara y tranquila—. Gracias por su defensa. No se preocupe por mí. Que yo sea o deje de ser almirante de la Policía Sideral carece de importancia ahora, cuando otros asuntos de mayor peso nos agobian a todos por igual. Procederé a la inmediata retirada de nuestro Cuerpo Expedicionario y estaré de regreso en Madrid dentro de cinco días.

—Sí, venga —suplicó el general Ortiz—. La estúpida decisión de los hombres sobre quienes pesa tanta responsabilidad no puede perjudicar en lo más mínimo su prestigio. Todos nos sentiremos más tranquilos viéndole aquí con su *Rayo*.

—Adiós —murmuró Miguel Ángel sin soltar el micrófono.

Escuchóse un pequeño chasquido. Allá en Madrid, el general Ortiz había colgado su micrófono. Inmediatamente restalló la bronca voz de Richard Balmer.

—¡Estúpidos… necios… imbéciles! —bramó fuera de sí—. ¿Qué significa eso de destituirte a estas alturas? ¿Creerán que pierden esta guerra por nuestra causa? ¿Esperarán tal vez que todo se vuelva a su favor nombrando almirante a ese envidioso francés? ¡Debí de figurarme una cosa así hace tiempo! ¡Dígase lo que se diga, el género humano es tan ruin ahora como en el siglo XX…! ¡Pedantes del diablo…!

—Calma, Richard, calma —aconsejó Miguel Ángel.

—¡Qué calma ni qué narices! —barbotó el tornavoz—. Desde que regresamos a este asqueroso mundo no hemos hecho otra cosa que ir de aquí para allá arriesgando nuestro pellejo por una Humanidad hipócrita y desagradecida. ¿Y cómo nos pagan? ¡Retirándonos su confianza, y apeándonos del cargo de almirante! Créeme, Angelillo. Vámonos con viento fresco de aquí. Tenemos todavía nuestro *Rayo*, que nosotros construimos con nuestras propias manos en los duros días de Ragol y nadie nos puede

arrebatar. Vayámonos a Madrid, descarguemos a toda esta tropa, dame tiempo para que recoja a mi novia y partamos en busca de otro planeta donde no exista un sólo hombre. ¡Mi novia y yo nos casaremos y nos comprometemos a repoblar aquel planeta! ¡Al menos podremos vivir lejos de mentiras, de amenazas y de ambiciones, sin hombres humanos, sin hombres grises… completamente solos!

—Tal vez lo hagamos así algún día, Richard —contestó Miguel Ángel con voz que destilaba amargura—. Pero por ahora no podemos abandonar a esta estúpida Humanidad a su suerte. Son nuestros hermanos y hemos de prestarles nuestra ayuda mientras sea posible. Ya has oído lo que dijo el general Ortiz. Ordena a las Fuerzas Aéreas Ibéricas que emprendan el regreso a la Tierra, y tú trae el *Rayo* sobre Dumpran para que podamos efectuar el reembarque sin pérdida de tiempo.

—Bueno —refunfuñó Richard—. Allá vamos. Pero no olvides lo que acabo de decirte.

—No lo olvidaré —sonrió Miguel Ángel cortando la comunicación y colgando el micrófono.

Lola Contreras asió al joven español del brazo cubierto de acero y tiró de él obligándole a mirarla.

—No se entristezca, almirante —suplicó con voz llorosa—. En mí tiene usted un amigo a vida o muerte. Y cabe la satisfacción de asegurarle que millares y millares de personas le siguen admirando y queriendo.

Movió el joven la cabeza de un lado a otro.

—No, señorita Contreras —suspiró—. Es costumbre vieja en el Mundo que alguien cargue con los errores cometidos por todo un pueblo. Cuando se produce una hecatombe nacional, la masa enfurecida exige una cabeza sobre la que descargar toda su cólera… y el Estado Mayor General ofrece la mía a las turbas para que éstas la echen a rodar y puedan desahogarse a su gusto.

—¿Pero qué culpa puede tener usted en esta catástrofe universal? —protestó apasionadamente la muchacha—. Sólo hace un par de años que ustedes regresaron de Ragol. Cuando usted asumió la jefatura de la Policía Sideral, los terrestres llevábamos siglos de discusiones y escaramuzas con la bestia gris. Hace cientos de años que los sabios están en posesión de secretos de la bomba

“W”. ¿Por qué no la utilizaron contra Marte, evitándose todos estos conflictos y sinsabores creados por su indecisión? No se preocupe, señor Aznar; los prohombres del Mundo no podrán hacerle a usted cabeza de turco de una causa cuyas raíces están clavadas en largos siglos de errores y dudas.

—No conoce usted al mundo, querida amiga —sonrió Miguel Ángel con tristeza—. No importa quién tenga verdadera culpa. Alguien debe pagar los vidrios rotos y yo he sido designado para ello. En los momentos presentes no me queda un sólo amigo en la Tierra. Al público siempre le alivia que haya un responsable para poderlo insultar y maldecir. No importa. El Mundo se sentirá más consolado y a mí no me preocupa. Mi conciencia está tranquila. ¡Ojalá pudieran decir todos otro tanto!

CAPÍTULO VIII

INVASIÓN

ELUDIENDO la lucha por los supervivientes de la ciudad que ocupaban los pisos superiores de Dumpran, los vehículos subterrestres volvieron a ponerse en marcha abriendo sendos túneles hasta emerger a la superficie del suelo, y las tropas especiales se lanzaron por estos pasadizos en pendiente hasta salir a la luz del Sol.

El *Rayo*, abatiendo a su alrededor platillos volantes y proyectiles dirigidos “thorbod”, descendió con una ligereza impropia de su pesado aspecto hasta que la cúpula de su Polo Sur quedó solamente a un metro de altura sobre el terreno. Mayor precisión no hubiera podido exigirse ni siquiera de un helicóptero. Dos grandes agujeros redondos se abrieron en la parte inferior de la esfera y por ellos cayeron dos enormes redes, que quedaron desplegadas como sendas cortinas.

Los comandos gatearon por estas redes con gran agilidad introduciéndose en el autoplaneta por las dos puertas de forma circular. Mientras tanto, las baterías de “Rayos Z”, montados sobre pequeñas protuberancias que envolvían a la esfera, barrían una zona de 300 millas en rededor que abatía platillos volantes en el cielo e incendiaba todos los bosques circundantes hasta la línea del horizonte. Como una clueca furiosa, el *Rayo* tendía sus protectoras alas de fuego mientras los polluelos se acogían a su maternal amparo.

La evacuación se llevó a cabo con rapidez y buen orden. Ni un sólo hombre fue abandonado, ni una pieza del equipo. Los vehículos subterrestres que tan buenos servicios habían prestado a los

comandos se remontaron en el aire y fueron a posarse sobre el anillo del autoplaneta, desde el cual pasaron al interior.

Miguel Ángel permaneció sobre el suelo de Marte todo el tiempo que duró la evacuación. Junto a él, Lola Contreras utilizaba su cámara cinematográfica tomando varios aspectos del reembarque. Cuando todos los hombres estuvieron a salvo en el interior del *Rayo*, Miguel Ángel y Lola treparon por una de las redes y entraron en el autoplaneta.

Junto a la puerta les estaba esperando George Paiton, muy enfadado, echando en cara a su amigo el haber permanecido hasta última hora en Marte.

—¡Para lo que te lo agradecen!

—Nunca, en ninguno de mis actos, he buscado el agradecimiento de los demás —repuso Miguel Ángel—. Hago las cosas como creo que deben hacerse. Vamos, fuera de aquí. Rumbo a la Tierra.

Las redes habían sido izadas. Se cerraron las puertas y el autoplaneta abandonó el cielo de Marte para lanzarse como un meteoro por los amplios espacios siderales. Mientras volaban hacia España, iban llegando de la Tierra nuevas y funestas noticias. Los marcianos habían desembarcado en la costa del Norte de España y avanzaban por tierra, teniendo sobre ellos un techo de aviones que allanaban el terreno con una continua lluvia de bombas atómicas.

Detrás de esta ola de fuego avanzaban las divisiones acorazadas de la bestia, la artillería lanzacohetes y todo el complicado equipo de un ejército invasor.

Apenas se recibieron noticias del desembarco enemigo, llegaron hasta los poderosos aparatos receptores del *Rayo* otras noticias ampliatorias. El ejército “thorbod” llevaba consigo potentes máquinas excavadoras. Luego que la aviación había acallado las defensas antiaéreas de las ciudades españolas, y mientras la artillería continuaba el matraqueo atómico, las máquinas excavadoras abrían profundos túneles bajo tierra abriéndose paso hasta el mismo corazón de Oviedo. La capital, con todas sus defensas superiores intactas pese al duro bombardeo, caía en manos de la bestia en dos días.

En las proximidades de la Tierra, cuando ya el autoplaneta había comenzado a frenar el terrible impulso cobrado a lo largo de varios

millones de kilómetros en desenfrenada carrera por el espacio, los vigías electrónicos de a bordo descubrían una flota “thorbod” integrada por 400.000 cruceros de combate. La formación “thorbod” volaba muy deprisa rumbo a la Tierra.

—¡Cómo! —exclamó el profesor Stefansson—. ¿Todavía mandan los hombres grises más refuerzos a la Tierra?

Miguel Ángel permaneció unos minutos pensativo, viendo en la pantalla de televisión conectada al telescopio electrónico, cada vez más cerca, a la escuadra enemiga. Finalmente dio con la solución del enigma.

—Esa flota no llega ahora de Marte para reforzar los efectivos que ya tienen en la Tierra —aseguró—. Son aviones que la bestia había retirado de nuestro planeta para llevarlos al suyo y hacer frente a nuestro ataque. Sin duda, recibieron contraorden por el camino. Viendo que el *Rayo* se retiraba de Marte, esta escuadra viró en redondo para regresar a la Tierra.

—¡Luego conseguimos nuestro propósito de obligarles a retirar fuerzas de la Tierra! —exclamó Richard Balmer rabioso—. ¡Maldición! ¡Y pensar que una reunión de generales estúpidos lo ha estropeado todo cuando las cosas empezaban a salir según planeamos! ¡Hay para reventar de rabia!

—Vamos a atacarles —dijo Miguel Ángel.

El *Rayo,* cuya velocidad era todavía considerable, dio alcance a la escuadra “thorbod” y se introdujo entre lo más denso de la formación, dejando un rastro de aviones convertidos en polvo cósmico por la violenta frotación de su “atmósfera”.

El *Rayo*, abandonando la escuadra “thorbod”, hizo rumbo a España.

* * *

Eran las seis de la mañana cuando el *Rayo* descendió majestuosamente del cielo y se posó suavemente sobre las verdes aguas de la laguna artificial que servía de base a los grandes cruceros interestelares. Desde el aire, con auxilio del telescopio, la tripulación del autoplaneta había podido ver una ola de fuego avanzando por tierras de Castilla. León había caído en manos de la Bestia. Los ejércitos “thorbod” se encontraban a la altura de

Valladolid.

La base acuática de las fuerzas aéreas ibéricas estaba casi completamente desierta. De los 200 poderosos cruceros siderales que solían verse flotar sobre las aguas unos días antes, sólo quedaban una docena escasa. Lo demás eran transportes sin ninguna utilidad militar. Una menguada escuadrilla de aviones de caza volaba sobre la capital española con evoluciones rápidas y nerviosas, como si esperaran ver asomar de un momento a otro en el horizonte a un enemigo abrumadoramente superior. La presencia de estos aviones sobre el cielo de Madrid era más simbólica que eficaz. Nada podrían contra las densas formaciones "thorbod" cuando éstas se presentaran.

Apenas había quedado flotando sobre las aguas el autoplaneta cuando fueron a rodearle los lanchones transbordadores. Las tropas especiales comenzaron a desembarcar. Lola Contreras esperaba ver aparecer a Miguel Ángel para despedirse de él cuando el joven se unió a ella vistiendo unas mallas negras de acero abrochadas a las muñecas con pasadores de oro, altas botas de cuero rojo y un ligero casco. Sobre el amplio pecho del propietario del autoplaneta se veía pintado un círculo rojo, dentro del cual se cruzaba una flecha y un zigzagueante rayo.

—¿Qué significa ese dibujo? —interrogó Lola señalándolo—. He observado que algunos hombres de la tripulación lo llevan en el pecho, reemplazando la insignia de la Policía Sideral.

—Ya no pertenecemos a la Policía Sideral —hizo notar Miguel Ángel—. Este es el emblema particular del autoplaneta. El vuelo rápido y silencioso de una flecha y la contundencia fulminante y cegadora de un rayo, eso es lo que significa.

—¿Viene usted a Madrid?

—Sí. He de rendir cuentas de mi última misión y ponerme a disposición de las Fuerzas Aéreas Ibéricas por si necesitan de mí.

—¿Después de lo mal que se han portado con usted?

—Estoy seguro de que no fue de mis compatriotas de quien surgió la idea de destituirme. Y aunque así fuera, ¿qué importa? Debo prestarles toda mi ayuda hasta donde sea humanamente posible. Si les retirara ahora el apoyo del *Rayo*, ¿qué pensarían de mí? Vamos.

Ocupando una "zapatilla volante", pilotada por el propio Miguel

Ángel, salieron por una de las esclusas y volaron a escasa altura en dirección a la ciudad. Después de unos minutos de silencio, Lola Contreras comentó:

—No sabemos nada sobre el resultado de las negociaciones de tregua. ¿Cree que la Bestia aceptará una paz?

—No. No lo creo.

—¿Ni siquiera haciéndoles proposiciones ventajosas?

—Las proposiciones que la Tierra puede hacer a Marte no bastan para colmar las ambiciones de la Bestia. Lo que la Bestia exige no puede otorgarlo nuestro planeta. En realidad, el hombre gris no tiene más que proseguir sus operaciones durante algunos días para que todo cuanto desea caiga en sus manos como fruta madura.

—Supongamos lo peor —murmuró Lola—. Supongamos que las exigencias de la Bestia son inadmisibles, que la guerra prosigue y el Hombre Gris se enseñorea de la Tierra y Venus. ¿Qué futuro le espera a la Humanidad?

—No sé… Me asusta pensarlo. La opresión… la esclavitud… y, finalmente, el exterminio. La Bestia entrará en posesión de un rico y vasto imperio, con todo lo necesario para mantener y engrandecer a las futuras generaciones “thorbod”. Bajo el cálido cielo de la Tierra, la Bestia se multiplicará rápidamente, en cantidades abrumadoras. El hombre humano tendrá que trabajar afanosamente para alimentar y fortalecer el reino de sus enemigos, tendrá que cederle sus principales ciudades, replegarse hacia las regiones más inhóspitas del planeta, hasta el día en que los vencedores exterminen al último hombre en el último pedazo de tierra y este mundo y todos los mundos habitables del reino del Sol graviten bajo la hegemonía de la Bestia Gris.

Un escalofrío recorrió hasta la nuca la espina dorsal de Lola.

—Y usted, señor Aznar… ¿qué piensa hacer? ¿Se quedará aquí afrontando lo que venga… o tal vez, como decía Richard Balmer, tomará su maravilloso *Rayo* escapando de este planeta en busca de otro mundo donde sus hijos y los hijos de sus amigos puedan levantar un nuevo pueblo y engrandecer una nueva nación?

—No sé… ¿quién sabe? —murmuró Miguel Ángel con una triste sonrisa—. Estoy cansado de luchar… ¡muy cansado! Siento la tentación de permanecer aquí, corriendo la suerte de los demás hombres, dejándome llevar por el destino y resignándome a ser lo

que la Bestia quiera hacer de nosotros. Y por otro lado… me subleva la idea de pasar de hombre libre a esclavo, de someterme a los caprichos de una bestia inhumana y cruel… De presenciar con mis propios ojos, sin hacer nada por evitarlo, la ruina de este mundo aterrorizado. No sé qué haré si llega el trágico momento de tomar una decisión. Creo que estoy tan aturdido y asustado como los hombres que han salido al encuentro de la Bestia con una petición de paz. Tal vez, al fin, se arregle todo. Nadie puede jactarse de conocer las extrañas reacciones de estas fieras. Tal vez éste sea el principio del fin, pero no el fin del género humano… todavía.

Lola Contreras lanzó con el rabillo del ojo una mirada sobre el noble rostro de Miguel Ángel Aznar. Por primera vez le vio desalentado y envejecido, con un pliegue de honda amargura en la comisura de la boca y un brillo de desesperación en sus oscuras y febriles pupilas.

—Lo que necesita usted es unas horas de sueño —dijo la muchacha en el momento que entraban en Madrid—. Deje para más tarde el ofrecer sus servicios y los de su astronave al Gobierno. No se comprometa a nada, créame. Venga a mi casa. Allí podrá descansar en paz y tranquilidad. ¿Quiere?

Miguel Ángel se encogió de hombros. La “zapatilla” se deslizaba suavemente, volando a lo largo de una de las amplias avenidas madrileñas, con grandes y bien cuidados jardines centrales.

Pese a su risueño carácter, el exterior de la ciudad presentaba cierto aire de nostálgica desolación. Ni un ser humano se movía en los jardines. Los tranvías, sin fin, permanecían inmóviles. Las cigarras parecían ser los únicos habitantes de la populosa ciudad, chirriando sonoramente desde las frondas. Una bandada de palomas surcó el cielo azul.

Aznar aterrizó suavemente, posando la “zapatilla volante” ante uno de los formidables caparazones de acero que daban acceso a la ciudad subterránea.

Antes de que se abriera la sólida puerta tuvieron que soportar un minucioso interrogatorio por televisión.

—¿No saben que se ha proclamado el estado de sitio y está prohibido deambular por las afueras de la ciudad? —gruñó el guardián—. Bueno, les abriré, pero apresúrense a entrar, no vaya a presentarse el enemigo en el intervalo.

Los dos jóvenes entraron en el caparazón. Un rápido ascensor, capaz para varios centenares de personas, les dejó en el piso 40, donde Lola tenía su casa.

En contraste con el exterior de la ciudad, una agitación febril dominaba en los hondos pasadizos subterráneos. Cada pasillo de uno de estos pisos era tan ancho y largo como una calle. La gente charlaba asomada a las puertas de sus apartamentos o formaba corro en mitad del corredor. Se comentaba los sucesos de palpitante actualidad; el desembarco “thorbod” en casi todos los continentes, y especialmente su arrollador avance por tierras de España. El terror más profundo dominaba a la ciudad. En todos los ojos se veía un brillo de locura. Pero todavía la esperanza de llegar a un acuerdo con los temibles hombres grises mantenía en pie la socavada fortaleza de los nervios, oponiendo un dique de contención a las violentas manifestaciones de pánico.

La casa de Lola Contreras era, como todas las de Madrid, pequeña y acogedora. Vivían en ella tres generaciones de Contreras, moviéndose en un espacio inverosímilmente reducido. Unos niños lloraban abrazados a una mujer joven, de un asombroso parecido con Lola. La muchacha le presentó a Miguel Ángel como su madre. Otra joven, con los mismos ojos y cabellos que Lola, asomó por una puerta. Era la abuela. Tenía hijos de la misma edad que los de la madre de Lola.

Todas estas mujeres miraron a Miguel Ángel con aires de la más total estupefacción, negándose a creer que el popular almirante de la Policía Sideral se hubiera dignado entrar en su humilde casa, descendiendo de la cumbre donde le había colocado el destino para estrechar sus manos y sonreírles afablemente.

—He prometido a nuestro amigo que en esta casa gozaría de paz y tranquilidad por unas horas —dijo Lola cortando las exclamaciones de sorpresa y gozo de su madre y abuela—. Llévate a los niños a casa de tu hijo, Dolores. El señor Aznar está necesitado de descanso.

Se opuso el joven a la expulsión de los pequeños.

—No quiero causarles molestias.

Lola le hizo entrar a empujones en una pequeña habitación, donde se veía una cama.

—Acuéstese aquí —le ordenó con severidad—. Le llamaré dentro

de seis horas. ¿De acuerdo?

Miguel Ángel accedió a regañadientes. Lola cerró la puerta y él dejóse caer vestido sobre el lecho, exhalando un suspiro de inefable alivio. Quedó instantáneamente dormido como un leño.

* * *

Alguien le zarandeaba por un hombro. Abrió los ojos. Sobre su cabeza se inclinaba la cara de un hombre desconocido.

—¡Levántese, señor Aznar! —dijo el hombre con respeto, pero enérgicamente.

Miguel Ángel advirtió entonces que aquel individuo era un oficial de policía. Al incorporarse y mirar en torno vio, junto a la puerta, a dos policías más. Entre estos asomaba el bello rostro de Lola Contreras, sonrojado de furia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Miguel Ángel.

—Tendrá usted que acompañarnos, señor Aznar —murmuró el oficial, visiblemente azorado por la personalidad que tenía ante sí.

—¿A dónde?

—No puedo decírselo ahora, señor…

—¿Estoy detenido?

—Precisamente detenido… no. Pero tendrá que venir con nosotros.

—Entonces es que estoy detenido —gruñó el joven saltando de la cama y echándose atrás un mechón de cabellos.

—No traen mandamiento judicial de arresto —rugió Lola mirando con odio a los policías—. ¡No se deje llevar a ninguna parte! ¡Ellos no pueden obligarle!

—Se lo suplico, señor —balbuceó el oficial—. No ofrezca resistencia. Me vería obligado a llevarle a la fuerza y…

Miguel Ángel tranquilizó con un ademán y salió de la habitación. Los dos agentes de policía se apresuraron a dejarle expedito el paso.

—Bien —masculló Lola—. Si estos hombres se lo llevan yo iré también con usted. ¡Sabe Dios si no querrán asesinarlo!

El oficial puso cara de espanto y Ángel se echó a reír.

—No creo que pueda servirles para nada… muerto —dijo—. Bien, señor oficial. Cuando usted quiera.

El grupo se dirigió hacia la puerta. Miguel Ángel se entretuvo un solo momento para estrechar las manos de la madre y la abuela de Lola y luego siguió a los policías hasta el corredor.

La muchacha se puso a su lado. Como unas horas antes, la gente seguía obstruyendo el pasillo, formando corros y mirando con curiosidad al grupo formado por los tres policías y los dos jóvenes.

—¡Es el almirante de la Policía Sideral! —gritó alguien reconociendo a Miguel Ángel.

El grito corrió el pasillo velozmente.

—¡Es el almirante destituido…! ¡Le llevan preso!… ¡Alguna culpa tendrá cuando le quitaron el mando y lo lleva la policía!…

La gente se arremolinó. Caras crispadas de rabia o desprecio hacían muecas en torno a Miguel Ángel, gritando insultos. Los vecinos salieron a asomarse atraídos por el tumulto, inquiriendo con curiosidad las causas de la gritería. Solamente el profundo respeto que inspiraban los uniformes de la policía impidió que el ex almirante fuera agredido.

—¡Vamos… por favor… apresúrense! —apuraba el oficial empujando a Lola y a Miguel Ángel.

Llegaron al ascensor. La muchedumbre quedó detrás de las redes de acero, bramando insultos y amenazas. El ascensor se puso en movimiento bajando a gran velocidad. Miguel Ángel había palidecido ligeramente, pero no demostraba sentir rabia ni rencor. Lola, en cambio, estaba amarilla de cólera.

—¡Desharrapados… miserables…! —mascullaba con el aliento entrecortado por la agitación.

El ascensor se detuvo suavemente. Se abrieron las puertas. Estaban en una de las más populosas vías subterráneas de la ciudad. Sólo a los vehículos de la policía se les permitía transitar por estas calles brillantemente iluminadas con luz fluorescente. La calle carecía de aceras y estaba totalmente invadida por una abigarrada multitud, estacionada preferentemente bajo los grandes altavoces del circuito perifónico, en espera de oír las últimas noticias del curso de la guerra.

Detenido ante el ascensor había un automóvil policial eléctrico. Lola Contreras, Miguel Ángel y su escolta se acomodaron en el coche y éste se abrió paso entre el gentío haciendo sonar desaforadamente su sirena. Mientras rodaba a escasa velocidad

hacia la plaza de España, los altavoces anunciaron:

—¡Atención! Los ejércitos “thorbod”, prosiguiendo su impetuoso avance sobre Madrid, se encuentran a cien kilómetros de la ciudad. Se espera de un momento a otro el bombardeo enemigo… Las fuerzas armadas ibéricas están librando una gran batalla en su empeño de contener la ola invasora. El Estado Mayor General se reafirma en su decisión de impedir a toda costa que el enemigo se apodere de la capital de España.

Los altavoces continuaron hablando de la confianza del Estado Mayor General en contener el arrollador avance de la Bestia, pero un formidable rugido de la multitud ahogó sus voces. Gritos coléricos exigían la verdad sobre el resultado de las negociaciones de paz promovidas por la Sociedad de las Naciones unas horas antes.

En mitad de este alboroto, el automóvil policial llegó a la plaza de España. Aquí, ante la pétrea fachada del Palacio de las Naciones, veíase congregado un abigarrado gentío. Proyectiles de la más diversa naturaleza surcaban el aire para ir a chocar contra los cristales de las ventanas. Por todas partes repetíase el grito de: “¿Qué ha contestado la Bestia a nuestras proposiciones de paz?” “¡Queremos saber toda la verdad!” “¡Queremos que se detenga el avance marciano!” “¡Queremos la paz!”.

Al otro lado de la plaza se levantaba el majestuoso Palacio Residencial del Gobierno español, cuyo aspecto tranquilo contrastaba notablemente con la agitación reinante ante la Sede de las Naciones. El automóvil policial se detuvo en un patio interior. El oficial invitó a echar pie a tierra al ex almirante y a su joven y bella amiga y los condujo hasta una habitación en cuyo piso se veía el arranque de una escalera que se hundía en el suelo.

—¿Dónde me llevan? —preguntó Miguel Ángel mirando la escalera.

—Al Palacio de la Sociedad de las Naciones… al otro lado de la plaza —repuso el oficial—. He creído más conveniente que entremos por este pasadizo para evitar las desagradables manifestaciones del público, que acomete a todos los automóviles que entran en la Sede de las Naciones.

En este momento, un altavoz gritó en el patio que acababan de dejar:

—¡Atención! ¡Atención! La Presidencia de la Sociedad de las Naciones comunica que han fracasado todas las tentativas de hallar una solución pacífica para el conflicto armado entre la Tierra y Marte. La Bestia ha rechazado una tras otra todas las proposiciones hechas por la Sociedad de las Naciones y ha acabado por afirmar que no desea ninguna solución pacifica, a menos que la Tierra se rinda incondicionalmente…

CAPÍTULO IX

GUERRA TOTAL

MIGUEL Ángel conocía muy bien los estrechos pasillos por donde le llevában. Esta éra la que pudiera llamarse “entrada secreta” o salida de emergencia de la sala de conferencias de la Sociedad de las Naciones.

No le extrañó ver aparecer una estrecha portezuela al término del pasadizo ni mucho menos oír la voz del general Ortiz rogándole:

—Pase, excelencia… por favor.

Miguel Ángel y Lola se vieron en una sala grande, con una larga mesa en el centro y, sentados alrededor de ésta, a todo el Estado Mayor General de la Policía Sideral. El general Limoges, que ocupaba la cabecera de la mesa, dirigió una sonrisa hipócrita a su antecesor.

—No tenía por qué esconderse, señor Aznar —dijo con acento protector—. No teníamos, ni mucho menos, la intención de fusilarle.

—No me ocultaba —aseguró Miguel Ángel—. Simplemente estaba disfrutando de la hospitalidad de esta buena amiga. Mi intención era venir a rendir cuentas de mi expedición a Marte luego que hubiera descansado unas horas.

—Olvidemos lo de Marte —dijo Limoges—. Eso carece de importancia ahora. ¿Sabe ya que la Bestia ha rechazado de plano todas nuestras proposiciones de paz?

—Sí, lo sé. Y no me extraña. Ya advertí al general Ortiz, aquí presente, que la Bestia jamás negociaría una paz en tanto se viera en posición ventajosa.

—Por favor, señor Aznar —intercedió el general Kisemene—.

Prescindamos de mutuas recriminaciones. Tal vez usted obró mal al intentar llevar la guerra a Marte… tal vez esta Asamblea, ofuscada por lo trágico del momento, le trató a usted con injusticia al deponerle de su cargo. Con toda probabilidad, una discusión sobre este asunto nos llevaría muy lejos… y a ninguna parte en definitiva. ¿Se muestra usted resentido? ¿Quiere que le restituyamos su cargo de almirante?

—¿Para qué? —preguntó Miguel Ángel sonriendo—. ¿Acaso existe todavía alguna Policía Sideral?

—Tiene usted razón —se apresuró a decir Limoges—. Lo de menos es quién sea almirante de una organización que prácticamente ha dejado de existir. Olvidemos lo pasado y enfrentémonos con lo inevitable. El Mundo se halla a dos pasos de la más estrepitosa derrota. No le queda más alternativa que rendirse o pelear hasta el último momento. ¿Qué debemos hacer?

Miguel Ángel guardó silencio. Todas las miradas estaban fijas en su atlética persona, como si de ella fuera a emanar una luz de inspiración o esperanza.

—¿No tiene usted nada que decir, señor Aznar? —preguntó el general Kadde, de Venus.

—¿Quiere decir que se me pide mi parecer? —repuso el joven—. En ese caso, creo que el Mundo debe proceder a la destrucción de todo cuanto pueda serle útil a la Bestia y rendirse luego. El final será el mismo, es decir, el exterminio de la humanidad. Pero el plazo será más largo y también más prolongada la esperanza. Mientras la Bestia tenga que reconstruir todo lo destruido y necesite del auxilio del género humano, el mundo se mantendrá en pie. Luego… ya puede suponerse. La Humanidad será un lastre para la Bestia y esta se desprenderá de ella sin el menor escrúpulo.

—Sí —dijo el general Ortiz—. El señor Aznar acaba de indicar el mejor sistema para evitar una mortandad inútil. Me adhiero a su proposición.

Todos los presentes se mostraron del mismo parecer.

—Aprobado por unanimidad —dijo el almirante Limoges—. El Mundo procederá a la destrucción de cuantas instalaciones militares e industriales sean de utilidad del enemigo… y luego se rendirá. Esta decisión nuestra, ya lo saben ustedes, abre ante la Humanidad un largo y pavoroso capítulo: el de su exterminio total. Nada

podemos hacer por evitarlo… excepto una cosa.

El nuevo almirante se interrumpió con un dedo en alto mirando a Miguel Ángel.

—Excepto una cosa —repitió con voz que trataba de ser emocionada—. Unos cuantos centenares de hombres y mujeres pueden escapar de este mundo en ruinas y buscar con el auxilio del autoplaneta *Rayo* un nuevo mundo donde multiplicarse y prosperar. ¿No es cierto, señor Aznar?

—Sí, cierto es —repuso el joven arrugando el ceño.

—Tal vez nuestro entrañable amigo, el señor Aznar, ha estado pensando antes que nosotros en esta posibilidad.

—En efecto, estuve pensando en ella —confirmó el joven.

—Entonces… no será aventurado suponer que, al menos, los jefes de Estado y los altos dignatarios de la Iglesia y las fuerzas armadas, con sus familiares, y los sabios más ilustres de la Tierra, podrán escapar de este planeta y encontrar otro habitable entre los millones de mundos existentes en el Cosmos.

—Unos seis mil hombres y mujeres pueden escapar en mi astronave y emprender esa aventura —respondió Miguel Ángel, y todas las caras se iluminaron de alegría a su alrededor—. Pero no serán, ciertamente, los jefes del Estado, los jefes de las fuerzas armadas y sus distinguidas familias quienes emprenderán el camino de la salvación.

Una bomba de aire líquido cayendo en mitad de aquella sala no hubiera dejado más yertos a los empiringotados generales.

—¿Cómo? —exclamó el general Yenangyat.

—Existen en este planeta solamente ciento cincuenta mil millones de seres cuyo derecho a salvar la vida y buscar una nueva tierra de promisión es tanto como el que puedan tener sus señorías y sus distinguidas familias —siguió diciendo Miguel Ángel con sus pupilas centelleantes de rabia—. ¿Por qué no se han de tener en cuenta también?

—¡Todo el mundo no cabe en el *Rayo*! —protestó el general Kadde.

—No pretendo llevarme a todo el mundo. Solamente a los seis mil seres que designe la suerte.

—¡Señor Aznar! —bramó el almirante—. ¡Usted no puede hacer eso! ¡Nos incautaremos del *Rayo* si es preciso! ¡Le encarcelaremos a

usted…! ¡No llevará en su astronave a los que usted quiera, sino a los que nosotros le ordenemos!

Miguel Ángel cruzó en dos saltos la estancia y abrió de par en par la puerta. En la habitación contigua a la sala de conferencias había gran número de altos jefes del Ejército y de las Fuerzas Aéreas, que se volvieron a mirar curiosamente.

—Prueben a hacer todo eso —amenazó Miguel Ángel— y yo diré ahora mismo a gritos la traición que está fraguándose en esta Asamblea.

—¡Cierre esa puerta! —gritó el almirante.

Un soldado de los que montaban guardia por la parte de afuera se dispuso a obedecer. Con la rapidez de un relámpago, Miguel Ángel le arrebató la pistola de la funda del cinturón y apuntó con ella a cuantos había en las dos salas.

—¡Todo el mundo con las manos en alto! —bramó—. ¡Dispararé contra el primero que pestañee! ¿Saben ustedes lo que pretenden sus dignos generales?

—Cállese, Aznar —ordenó el general Ortiz poniéndose en pie y avanzando hacia el joven sin hacer caso de la siniestra pistola—. No diga nada. Concédanos, al menos, ya que no la vida, el honor de morir con nuestro prestigio. Sí, tiene usted razón. Nosotros somos los que menos merecemos acompañarle en su viaje. Nuestro puesto está aquí y nuestro deber es combatir hasta el último instante. Váyase en paz con los compañeros que la suerte le depare… y ojalá ese resto de nuestra doliente humanidad pueda multiplicarse en el nuevo mundo que usted le quiere dar. Buena suerte… y adiós.

Miró Miguel Ángel a los generales, viendo en todos aquellos rostros, momentos antes encolerizados, una nueva expresión de paz y serenidad. El orgullo triunfaba al fin sobre la debilidad de la carne.

—Estos son los hombres que yo conocí —dijo Miguel Ángel arrojando la pistola al suelo—. Gracias por haberme concedido la dicha de guardar un grato recuerdo de todos ustedes.

—Es a usted a quien nosotros le debemos gratitud por habernos arrancado de nuestro terror y obligarnos a mirar el destino frente a frente —repuso Ortiz—. Creo expresar el sentir de todos nosotros al asegurar que ahora nos sentimos más tranquilos y confortados para afrontar con valor las duras horas que nos aguardan.

—Estoy seguro de que lo harán así —murmuró el joven—. Adiós, amigos. Les recordaré eternamente…

Miguel Ángel saludó con una inclinación de cabeza a la Asamblea y salió rápidamente, seguido de Lola Contreras.

* * *

En un subterráneo del Ayuntamiento de Madrid, una curiosa máquina electrónica, instrumento de la suerte, iba designando a los afortunados mortales, colonizadores de una nueva tierra de promisión todavía por descubrir. Era ésta la misma máquina que designaba a los grupos de trabajadores que al llegar a la edad “crítica” debían de servir al Estado durante un año en diversas actividades.

En esta ocasión, sin embargo, no tomaban parte en el sorteo únicamente los jóvenes de 21 años, sino toda la ciudad con sus diez millones de habitantes. Una cascada de fichas de acero delgadísimas caía por una ranura del artefacto. Eran los elegidos de la diosa fortuna para tripular el *Rayo*. Las fichas eran seleccionadas por otros aparatos electrónicos. Como en cada una de las finas láminas de acero estaban grabados el nombre, la dirección y el número de teléfono del usufructuario, era empresa fácil para una compleja instalación telefónica automática llamar al poseedor de una ficha idéntica y ordenarle con voz metálica y seca que se presentara a tal hora y en tal fecha en tal lugar, acompañado de mujer e hijos menores de 20 años.

Esta vez, la cita era perentoria y enigmática:

—“Preséntese usted inmediatamente, en el término de treinta minutos, en la plaza Este.”

Mientras la máquina iba lanzando fichas y los telefonistas electrónicos llamaban a los afortunados, Lola Contreras extraía de un fichero especial una lista de técnicos, sabios, profesores y especialistas en todas las ramas de la ciencia, el arte, las letras y la religión cuya presencia había de ser no sólo útil, sino indispensables para un reducido pueblo empujado hacia el más extraordinario y asombroso de los éxodos: la búsqueda de un planeta habitable entre los millones y millones que gravitan en el Universo.

Entre tanto, también la guerra proseguía dando furiosas

dentelladas y alargaba sus horribles tentáculos hacia Madrid. La Bestia estaba a las mismas puertas de la ciudad, poniendo en juego con fatídica maestría todos sus terribles instrumentos de destrucción.

La primera embestida llegó por el aire. Densas nubes de bombarderos, volando a alturas tan enormes que no se les podía ver a simple vista, dejaron caer sobre las defensas de la capital una espesa lluvia de bombas atómicas. Inmediatamente detrás llegaron los proyectiles dirigidos, volando a muy baja altura, para buscar con fría precisión los objetivos que se les habían señalado.

Negras nubes de humo se alzaban sobre el horizonte, cubriéndolo hasta cuanto alcanzara la vista. Las avanzadillas acorazadas "thorbod" irrumpieron en la lejanía, lanzando sus abrasadores dardos de fuego. Los hermosos bosques que rodeaban la capital ardieron como teas bajo la mortal caricia de los Rayos Z. Veíase volar en pedazos las cumbres del Guadarrama, bajo el impulso bestial de formidables explosivos. En aquellos montes estaban enclavadas las mejores defensas de la ciudad, pero faltas de protección aérea, con todo el cielo dominado por los "platillos volantes" y los bombarderos "thorbod", los reductos iban cayendo uno tras otro, sepultando a sus tenaces y heroicos defensores.

En las entrañas de la ciudad subterránea se producían incesantemente escenas del más profundo terror. La gente, presa de pánico, buscaba en las líneas subterráneas que comunicaban Madrid con otras ciudades próximas y lejanas, unas salidas de escape. Los trenes no podían circular por estos túneles abarrotados de gentío, y aunque hubieran podido hacerlo, no habrían sido capaces de transportar con la rapidez necesaria los millones de seres que buscaban la salvación en una dirección única: el Este.

Parte de la ciudad, impulsada por una resolución heroica de morir matando, corría hasta los arsenales del Ejército para enfundarse un fusil ametrallador atómico y concentrarse en los puntos de la ciudad que aconsejaba el Estado Mayor.

Después del primer ataque aéreo contra las baterías antiaéreas de Madrid, la Bestia descubrió al *Rayo* en la laguna artificial y centró sobre éste sus violentos ataques. El *Rayo* estaba recibiendo a bordo un heterogéneo cargamento de víveres y máquinas y no podía despegar, a menos que se resignara a dejar en tierra a su

patrón y a los siete mil madrileños que éste había decidido llevar consigo.

Richard Balmer puso en juego todas las defensas de que disponía el *Rayo* y aseguró a Miguel Ángel que estaba reuniendo las últimas piezas del equipo, que la situación hacíase insostenible. Sin embargo, ocurrió algo inesperado. Una poderosa escuadra de aviones irrumpió sobre el cielo de Madrid como avispas furiosas y se lanzaron como rayos contra los aparatos "thorbod", organizándose en un abrir y cerrar de ojos la batalla más reñida y feroz de cuantas habíanse disputado hasta entonces.

La providencial llegada de estas fuerzas fue como un deslumbrante rayo de esperanza para los angustiados habitantes de Madrid. Sus esperanzas de salvación, sin embargo, eran infundadas. Esta flota eran los restos de las lucidas y poderosas escuadras de las Fuerzas Aéreas Ibéricas, reforzadas por escuadrillas de los Estados Unidos de Europa y de la Unión Africana. Eran la ofrenda del Estado Mayor General a Miguel Ángel Aznar, al *Rayo* y al puñado de seres que iban a emprender la más fantástica aventura de todos los siglos. Era la firme decisión de los generales de que nada ni nadie pudiera impedir la fuga de esta astronave hacia los más ignotos rincones del Universo, llevando un puñado de almas que serían, en breve, todo lo que quedaba de una humanidad libre y soberana.

La batalla aérea, dura y enconada como ninguna, se prolongó durante dos eternas horas. Por tierra, la Bestia seguía avanzando y daba los primeros arañazos al subsuelo de Madrid; pero en el cielo los hombres grises eran mantenidos a raya con una furia y un arrojo sobrehumanos. Caían agavillados los aviones de uno y otro bando. Nuevos contingentes llegaban desde todos los puntos del horizonte para sumarse a la contienda. Escuadrillas diezmadas por las batallas anteriores llegaban de todos los puntos de Europa, de África e incluso de Asia. No parecía más sino que todos los aviadores del mundo se hubieran dado cita sobre Madrid para tomar parte en el apocalipsis final… y así era en realidad. Era este el último bestial coletazo de un gigante moribundo, el estertor de una humanidad que antes de caer inerme se asía con todas las fuerzas de sus dedos agarrotados a la garganta de su matador.

En la plaza Este, seis mil hombres y mujeres y niños, y cerca de

un millar de sabios en todas las diversas ramas de la ciencia y la cultura, se ponían en marcha por el túnel subterráneo hacia la base aérea donde estaba el *Rayo*. Iban todos vestidos de hierro para no caer víctimas de la radiactividad originada por las bombas atómicas, y su desplazamiento producía un sordo y terrorífico rumor de aceros entrechocantes. La ciudad entera estremecíase por el impacto de los proyectiles atómicos que caían sobre ella. Agrietábanse las bóvedas, dejando caer chorros de tierra y pedruscos sobre el rezongante desfile de monstruos férreos.

Cuando la cola de la columna se perdía en el túnel, la Bestia irrumpía en Madrid por los túneles que sus máquinas excavadoras habían abierto. Resonaron apocalípticas explosiones en las calles de la populosa ciudad. Nubes de gases venenosos extendieron sus parduzcos tentáculos por las avenidas subterráneas. Un millón de encorajinados madrileños y aguerridos soldados se aprestaron a la defensa, contestando al asalto "thorbod" con el tronar ensordecedor de sus ametralladoras atómicas. Bóvedas y edificios se venían abajo entre cascadas de escombros. Brotaban incendios aquí y allá, chorros de agua y de vapor salían de las cañerías cortadas por las explosiones. Cada edificio, cada planta, cada hogar era un baluarte. Junto a las puertas de sus casas, mujeres vestidas de hierro aguardaban con un fusil entre las manos engarfiadas la llegada del invasor. Dentro yacían sus hijos retorciéndose en los espasmos de una horrible agonía producida por los gases… Madrid sería la piedra negra en la brillante campaña militar de la abominable bestia gris.

Y entre tanto, allá en la laguna artificial donde flotaba el *Rayo* envuelto en vedijas de humos, la trepidante lombriz de hierro emergía a la superficie de la tierra y avanzaba rápidamente hacia el muelle, donde esperaban las barcazas.

En el cielo, a las últimas luces sanguinolentas de un moribundo atardecer, las máquinas aéreas se retorcían intercambiando dardos de fuego, girando y girando como una enorme espiral de la que salían despedidas violentamente las víctimas incendiadas.

En la sala de control de la astronave, Miguel Ángel Aznar permanecía de pie ante el monstruoso cuadro de indicadores. Junto a él, Lola Contreras sollozaba con el alma en vilo, viendo en una de las enormes pantallas de televisión, los últimos estertores del día

sobre un Madrid envuelto en llamas, bajo el palio funeral de densas humaredas.

Un tornavoz transmitió fría y concisamente:

—A bordo el último hombre. Cerradas las compuertas. Listo en los compartimentos uno, dos y tres.

—Listo en el compartimiento de control —repuso Miguel Ángel —. ¡Marcha!

Un poderoso zumbido llenó aquella habitación circular. El *Rayo* se alzó majestuosamente de su lecho líquido y se remontó en el aire con creciente velocidad. Durante unos segundos fue una gigantesca esfera deslumbrante… Luego, una enorme luna de hermoso brillo azul… Después, una luna pálida y enfermiza como el satélite terrestre… y finalmente, una lejana estrella que parpadeó en el cielo hasta extinguirse en un temblor de angustia.

El *Rayo* daba comienzo a su aventura. En su sala de control, una muchacha llamada Lola Contreras se arrojaba sollozando entre los brazos de Miguel Ángel Aznar. Este la cercó con dulzura, mientras sus pupilas brillantes de lágrimas se clavaban en la pantalla de televisión, donde la Tierra se empequeñecía por momentos.

—¡Adiós, Tierra amada! —murmuró—. ¡Jamás te volveré a ver…!

FIN

Notas

[1] Camilo Flammarión, astrónomo francés autor de la “Astronomía Popular”, y de numerosas obras de vulgarización astronómica (1843-1925). < <

[2] Véase *Los Hombres de Venus*, obra del mismo autor, publicada en el número 1 de esta colección. <<

[3] Véase *El Planeta Misterioso*, obra del mismo autor publicada en el número 2 de esta colección. <<

[4] Véase *Cerebros Electrónicos*, obra del mismo autor publicada en el número 3 de esta colección. < <